



*Tú, mi  
princesa en  
zapatillas*

*Chris Razo*

**D.J.57**

Tú, mi princesa en zapatillas

Chris Razo

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o forma, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

©Chris Razo 2019

# ÍNDICE

PRÓLOGO

Un comienzo

Alguien a quien recordar

Siempre hay que soñar

¿Amigos y nada más?

Cosas del destino

Tres corazones

Decisiones equivocadas

Secretos

Prioridades

Tú, siempre tú

Viviendo

Epílogo

Ariadna

Autora

Agradecimientos

# PRÓLOGO

Cuando Ariadna volvió de Estocolmo, parecía que nada había cambiado en su vida.

Su casa estaba intacta, en las calles, podía respirarse el mismo aroma, sus amigos seguían en el mismo lugar, y su familia..., ellos tampoco habían cambiado.

Habían pasado tres años desde que se marchara a Estocolmo. Cuando lo hizo, tenía veinticinco años.

Una chica extrovertida, risueña, divertida, pero con demasiados complejos a sus espaldas; esos que ella, guardaba bajo llave, y a los que nadie tenía acceso.

Ari, como le gustaba que la llamaran, solo se había enamorado una vez. Suficiente para saber que no volvería a hacerlo.

Aunque, para sus padres, su viaje había sido para formarse, lo cierto es que, solo fue una excusa para poner tierra de por medio entre Saul y ella. Él la había dejado porque se había dado cuenta que solo la veía como una amiga (algo muy lógico después de dos años).

Ella estaba enamorada de Saul desde que él entró en su pandilla de amigos, y cuando puso sus ojos en ella, no podía creérselo.

Los dos años que estuvo con él, vivió en una burbuja constante, y pensó que ese sería su único gran amor, aunque más tarde, se dio cuenta de que eso no sería así.

Sus tres años en Estocolmo, le habían hecho ver la vida de otra manera, y aunque no había perdido la sonrisa, ya no era la chica confiada y extrovertida de años atrás. Saul se había

encargado de destrozar la persona que era, o quizás, había sido la vida.

## Un comienzo

La vuelta a casa, era una alegría, pero también estaba cargada de recuerdos, que en ese momento, Ari, quería olvidar.

Su madre se abalanzó sobre sus brazos, y no podría contar los besos que pudo darle en tal solo unos segundos.

—¡Bienvenida a casa, cariño! —dijo su madre plagada de felicidad.

—Gracias, mamá. Me alegro mucho de estar de vuelta. ¡Os he echado mucho de menos!

—Nosotros a ti también. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien, mamá.

—¿Y por Estocolmo? ¿Algún chico guapo?

—No he tenido tiempo para esas cosas, mamá.

—¿Ni siquiera para mirar?

—No. Tenía muchas cosas de las que ocuparme. ¿Dónde está Natalia?

—Ha salido con unas amigas. Vendrá a la hora de cenar. Deberías de tener una conversación con ella. A nosotros, ya no nos hace caso.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Nada nuevo, hija. Es rebelde sin remedio.

—Hablaré con ella. No te preocupes.

Natalia, es la hermana pequeña de Ari. Tiene veinte años, pero desde que cumplió los dieciséis, no para de darle problemas a sus padres.

Siempre han sido una familia humilde, y muy trabajadora, pero Natalia, quiere vivir por encima de sus posibilidades.

Sus padres han tratado de darle todo lo que han podido, pero para ella, parece no ser suficiente.

Agustín, es un carpintero jubilado, y Dolores, una costurera muy demandada, aunque hace tiempo que sus temblores, no le dejan hacer demasiado.

Natalia quiere a su familia, pero siempre ha pensado que no encaja. Ella aspira a algo más, y hará todo lo posible por conseguirlo.

Ari, es todo lo contrario a ella. Siempre se ha sentido orgullosa de pertenecer a esa familia, y les ayuda en todo lo que puede.

Cuando llegó a Estocolmo, lo primero que hizo, fue buscar trabajo y mandar dinero a casa.

Lo poco y nada que su madre trabaja, es para que su hermana se compre bolsos caros. Algo por lo que Ari la regaña constantemente. Sabe el sacrificio que le supone a su madre sacar doscientos euros. Son demasiadas horas de trabajo frente a la máquina de coser. Pero su hermana, no lo valora en absoluto.

Adora a su hermana, pero Ari sufre al ver como sus padres tratan de darle todo lo que pueden, y ella no es capaz de verlo.

Su regreso, tiene mucho que ver con su familia. Estando allí, pudo ver que varias empresas estaban buscando formadores y consultores. Unas propuestas de trabajo muy atractivas. Ari está muy capacitada para esos puestos. Solo desea tener suerte, y que las cosas salgan como ella espera.

Dos días más tarde, Ari, se prepara para una de las entrevistas.

Cree en sí misma, aunque sabe que, hay cosas que entran por los ojos, y en este sentido, no tiene todos los puntos ganados.

Hace tiempo que había dejado de preocuparse por su aspecto físico. Lo que de verdad le interesaba, era estudiar y conseguir un buen futuro para ella y su familia.

Ese ha sido su motor: su familia y sus amigos. Para ella, eso es lo más importante.

La primera entrevista, dura apenas media hora. Hablan de su trayectoria profesional, aunque Ari cree que, la persona que tiene en frente, no tiene ni el más mínimo interés en contratarla. Culminará con la frase de... «*Ya te llamaremos*». Algo que está segura de que no sucederá.

Trata de no sentirse abatida por ello, y poner su mejor cara al llegar a casa.

—¿Cómo ha ido, cariño? —pregunta su madre.

—Ya sabes cómo son estas cosas, mamá.

—No pierdas la esperanza. Estoy segura de que pronto encontrarás el sitio que te mereces.

—Seguro que sí, mamá. ¿Cómo van tus temblores?

—Lo voy llevando, aunque cada vez me resulta más difícil coser.

Hoy tengo que recoger unas cosas en una casa del centro, y hacer unas medidas. Son muy buenos clientes. Ella me llama cada vez que necesita algún traje, y ahora es su hijo el que se ha convertido en mi mejor cliente.

—Puedo acompañarte si quieres.

—Tú tendrás cosas que hacer. No te preocupes.

—No tengo nada mejor que hacer que, pasar tiempo a tu lado. Te he echado mucho de menos.

—Yo también, hija. Esta casa, sin ti, no es la misma.

## Alguien a quien recordar

Ari y su madre, se dirigen a una de las casas del centro, y no una cualquiera. Una de esas que te dejan con la boca abierta tan solo con ver la fachada.

Su madre se ha pasado todo el camino hablando del fantástico hombre que vive allí, la buena persona que es..., lo ha llenado de elogios en media hora de trayecto. Ha conseguido despertar su curiosidad, y hasta podría decirse que, tiene ganas de conocerlo.

Cuando llaman a la puerta, un hombre de ojos verdes, y sonrisa radiante, las mira fijamente.

—Hola, Dolores. ¿Cómo estás? Siento haberte llamado con tan poco tiempo —dice el chico con mucho cariño hacia su madre. Ari, que se ha quedado embobada mirando a ese hombre tan desconocido para ella, no es capaz ni de pronunciar un triste «*hola*».

—No te preocupes, hijo. Sabes que eres mi cliente favorito, y puedes llamarme siempre.

Quiero presentarte a alguien. Ella es Ariadna, mi hija mayor. Ha estado tres años fuera como ya te conté, y hace solo unos días que llegó —el chico clava su mirada en ella que, sigue perdida en sus ojos, y le dedica una tierna sonrisa.

—Tu madre me ha hablado mucho de ti. Me alegro de conocerte, Ariadna.

—Cariño, él es el señor Remet —Ari se acerca a él y le tiende la mano.

—Nada de señor. Soy Lucas —su sonrisa vuelve a aparecer.

—Encantada, Lucas.

—¿Por qué no pasáis? ¿Os apetece tomar algo?

—No, cariño. Tenemos un poco de prisa. Ari se ha pasado todo el día haciendo entrevistas, y necesita descansar —los tres pasan a la casa.

—¡Dolores, podía haberme esperado!

—¡Por supuesto que no! Tu madre me dijo que esa fiesta era muy importante para ti.

—Es una buena oportunidad para la empresa. Por cierto, Ariadna, tu madre siempre me ha dicho que has sido una buena estudiante. ¿Qué clase de trabajo estás buscando?

—Todo lo relacionado con consultoría, formaciones..., aunque la cosa no es nada fácil.

—¿De verdad? Tengo varios puestos en mi empresa. En este momento, nos hace falta gente como tú, con experiencia —se acerca a un cajón del salón y le tiende una tarjeta—. Puedes llamar mañana mismo. Yo me encargaré de que te hagan la entrevista —Ari se queda mirando la tarjeta con atención, y después de unos segundos, añade:

—Gracias.

—Me encantaría contar contigo en mi empresa.

—Gracias, señor..., —él levanta la ceja, y ella continúa—. Lucas —Ari no puede evitar reírse.

—Siento interrumpir, pero ¿empezamos, Lucas? —dice Dolores.

—Claro. Voy a cambiarme —Cuando Lucas sale, el corazón de Ari se acelera. Algo que hacía años que no sucedía, y menos por un hombre.

Él se ha puesto unos pantalones cortos, y su torso luce desnudo. Ari, trata de fijar su atención en otra cosa, pero parece una tarea imposible.

Su madre saca el metro, y comienza con su trabajo. Lucas, de vez en

cuando, desvía la mirada hacia Ari, y le dedica una sonrisa. Ella, mientras tanto, se dedica a soñar despierta. Desde que ha entrado por esa puerta, no ha podido despegar sus ojos de él.

Por suerte, minutos más tarde, su madre termina y ella vuelve a la calma.

—Cariño, estás listo.

—Gracias, Dolores. No sé qué haría sin ti —se acerca a ella y le da un tierno beso en la mejilla.

—Buscarte otra costurera.

—Sabes que para nosotros eres mucho más que eso.

—¡Vas a hacer que me emocione! ¡Venga! Ari, cariño, nos vamos. Ella se pone al lado de Lucas y le tiende la mano, pero él, le da un beso en la mejilla que la deja totalmente descolocada.

—Encantado de conocerte, Ariadna —dice él.

—Lo mismo digo.

—Espero que volvamos a vernos pronto.

—Tendré el traje en esta semana —añade Dolores.

—No tengas prisa. Hasta dentro de quince días, no es la presentación. Por favor, no te quedes sin dormir por terminarlo. De verdad, no corre prisa.

—Ya sabes cómo funciona, cariño. Cuando lo tenga, te avisaré.

—De acuerdo —Lucas la acompaña a la puerta —Gracias, Dolores. Nos vemos pronto, Ariadna —ella sonrío tímidamente.

El camino a casa lo hacen en silencio hasta que, Dolores, decide hablar.

—Estás muy callada. ¿Qué te ha parecido Lucas? —pregunta.

—Es un chico muy simpático.

—¿Llamarás a la empresa?

—No sé, mamá...

—Cariño, si te ha dicho que llames, hazlo. Él es un chico muy responsable con su trabajo. Puede ser la oportunidad que estás esperando.

—¿Por qué nunca me has hablado de él? —pregunta Ari.

—Hace más de dos años que me dan trabajo. Lo conocí a través de otra clienta. Empecé haciendo algunos arreglos para su madre, y acabé haciendo trajes para toda la familia.

Lucas y Alexander, son unos niños encantadores.

—¿Alexander?

—Es el hermano mayor de Lucas, aunque no trabajan en la misma empresa.

—¿Tienen varias?

—Sí. Su padre les dejó al mando. Cada uno se ocupa de una.

—¡Qué familia tan completa! Sigo sin entender porque nunca me habías hablado de ellos.

—Llevas tres años fuera de casa, cariño. No quería aburrirte con mis historias.

—Sabes que me encanta que me cuentes cosas de tu trabajo.

—Ya nada es como antes, hija. Con mis temblores, es imposible seguir un buen ritmo de trabajo.

—Si me hicieras caso, mamá, podríamos ir a un médico que..., —Dolores no deja que termine la frase.

—¡Ya hemos hablado de eso, Ari! Dejemos el tema. Mejor charlamos de cosas alegres. ¿Qué te ha parecido Lucas?

—Ya te lo he dicho, muy simpático —responde Ari.

—No me refiero a eso. ¿De verdad no te has fijado en lo guapo que es?

—Tengo ojos, mamá. ¡Claro que me he fijado!

—No comprendo cómo ese muchacho no tiene novia. «¿*Qué pretende mi madre diciéndome eso? Él nunca se fijaría en alguien como yo*», piensa Ari.

—Quizás, no quiera compromisos. No todo el mundo quiere pareja, mamá.

—Ese chico necesita una buena mujer a su lado.

—Mamá, ¡eres demasiado antigua para algunas cosas!

—El amor no entiende de tiempos —Ari sabe que en eso, su madre lleva razón, pero también sabe que, Lucas, no es la clase de hombre que pueda estar a su alcance.

## Siempre hay que soñar

Un par de días después, Ari, revisa su bolso y encuentra la tarjeta que Lucas le dejó. Mira varias veces el nombre de la empresa, y se da cuenta de que, es una en las que hace unos días hizo una entrevista.

Juega con la tarjeta en sus manos, pensando que Lucas podría haberla engañado, o simplemente, querer quedar bien con su madre.

Cuando salió de la entrevista, pudo darse cuenta de que, jamás la llamarían, aunque su currículum vitae, fuera impecable.

La gente siempre buscaba algo más, y parece que, la empresa de Lucas, no iba a ser menos.

Ari, llevaba varios días buscando trabajo, y aunque en todas las entrevistas, parecían estar

contentos con ella y su experiencia, parece que lo de encontrar trabajo, no iba a resultar tarea fácil.

Días más tarde, Dolores ya había terminado el traje de Lucas, y algunas cosas que su madre le había dejado. Así que, decidió llevárselo.

Ese día, fue sola. Ari no le acompañaba, algo que al parecer a Lucas le pareció extraño.

—¿Por qué no ha venido tu hija hoy? —pregunta interesado.

—No he querido molestarla. Lleva unos días algo cansada por las entrevistas.

—¿Sigue con eso? ¿Por qué no fue a mi empresa? Ya le dije que tenía el puesto.

—No lo sé. Es una chica muy testaruda, y le gusta ganarse las cosas por ella misma. Supongo que aceptar tu trabajo, sería cómo hacerme un favor a mí. No me ha dicho nada, pero la conozco y sé que es eso.

—No es un favor hacia a ti. Tú me has dicho lo valida que es ella. Eso es lo que yo necesito en mi empresa. ¿Me darías su teléfono para poder hablar con ella?

—Por supuesto. Espero que por fin encuentre el trabajo que se merece. Lleva años formándose. Tenía un buen trabajo en Estocolmo, y aunque ella no me lo ha dicho, sé que ha vuelto por nosotros. Ari es muy familiar, y estos tres años alejada de nosotros, han sido muy difíciles para ella.

—¿Por qué se fue tan lejos?

—Ella nos dijo que para formarse, pero yo como madre, sé que ese no fue el único motivo.

—¿Y cuál fue?

—Crear que las heridas del corazón se curan con las distancia, pero prefiero no hablar de ese tema, cariño. ¡Estás guapísimo con ese traje!

—Tú me ves guapo con todo, pero a tu favor tengo que decir que, me siento encantado con las manos que tienes. Tengo varios conocidos que quieren tu teléfono.

—Sabes que me cuesta mucho seguir cosiendo, y si lo hago, es por el cariño que te tengo a ti, y a tu familia. Me vendría muy bien el dinero, pero no quiero meterme en tiempos sin saber si podré cumplirlos.

—Sabes que yo podría...

—Ya hemos hablado de eso, cariño.

—Está bien. No voy a insistir, aunque con quién sí lo haré, es con tu hija. Necesito a alguien preparado para la empresa. Estoy cansado de gente que entra, y en dos meses se va. Quiero a alguien que sea responsable.

—Mi Ari lo es. Es una buena niña.

—Siendo tu hija, no lo dudo.

—Tengo que irme, mi niño. ¿Le darás la ropa a tu madre?

—¡Claro! Mañana la veré.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré. Más tarde llamaré a Ariadna.

—Ojalá y te haga caso.

—Lo hará. Estoy seguro.

Dolores sale de casa de Lucas, y él, se queda pensando en Ariadna. «¿Por qué pensaba tanto en ella?», decía para sí mismo.

Quizás, era por el gran cariño que le tenía a Dolores.

Ella siempre le había tratado con mucho cariño, y no era una simple costurera como ella decía. Era alguien a quien apreciaba y quería mucho.

Esa misma tarde, Lucas llama a Ariadna. El teléfono suena hasta que oye su voz.

—¿Sí? —responde ella.

—¿Ariadna? —ella se queda callada. La voz que dice su nombre a través del teléfono, le resulta familiar.

—¿Quién eres?

—Soy Lucas.

—¿Lucas? ¿Quién te ha dado mi teléfono?

—Tu madre. Yo se lo pedí —Ariadna se queda en silencio—. Espero que no te moleste, ni te enfades con ella.

—No te preocupes. ¿Por qué querías mi teléfono?

—Quería hablar contigo. ¿Crees que podemos tomar un café?

—¿Tú y yo?

—¿Quieres que venga alguien más? —Ari se queda en silencio.

—No.

—Entonces, ¿te apetece que nos veamos en una hora?

—De acuerdo.

—Si quieres, puedo pasar a buscarte.

—No hace falta. Podemos quedar en el sitio directamente.

—¿Conoces el café de *Tellin*?

—¡Claro! Es uno de mis sitios favoritos —dice Ari.

—Perfecto. ¿Nos vemos allí en una hora?

—Nos vemos allí.

—Hasta ahora, Ariadna —su nombre en los labios de Lucas, le provoca un millón de sensaciones.

*«¿Por qué quería verla? Tan solo se habían visto una vez», pensó*

Al recordarle, Ari, no podía dejar de sonreír, aunque se decía a sí misma

que él nunca se fijaría en ella.

Ari, decidió arreglarse para su cita con Lucas. Por primera vez en mucho tiempo, estaba nerviosa.

Solo había intercambiado unas palabras con él, pero eran suficientes para saber que ese chico era tal y cómo lo describía su madre.

Probablemente, él solo quería ser amable con ella por el cariño que le tenía a su madre.

Puede, que se convirtieran en amigos a partir de ahora.

Una hora más tarde, Ari esperaba a Lucas en una de las sillas de la cafetería *Tellin*. Ese sitio, era uno de sus favoritos desde hace años.

Hacía mucho tiempo que, no iba por allí, pero sentía la misma paz que años atrás.

Preso de sus pensamientos, no se dio cuenta de la presencia de Lucas, que le acarició suavemente el hombro.

—Siento el retraso —dice él.

—No te preocupes. Me encanta estar aquí.

—¿Has pedido ya?

—No. Te estaba esperando.

—¿Qué tomas?

—Café con una gotita de leche condensada.

—Voy a pedirlo. No tardo —En diez minutos, Lucas vuelve con los cafés.

—Ya estoy aquí. No sabía que conocías este sitio —dice Lucas.

—Es uno de mis sitios favoritos, ya te lo dije. Durante años me he sentado en esta terraza. Siempre me ha dado la paz que necesitaba.

—Te entiendo. A mí me pasa lo mismo.

—Lucas, ¿por qué me has llamado?

—Quería hablar contigo de algo. Espero que no sea un problema para tu madre.

—No te preocupes. No lo es.

—Bueno, quería preguntarte algo. ¿Por qué no fuiste a hacer la entrevista a la empresa? —Ari, piensa la respuesta. No quiere contarle la verdad.

—Yo...

—Sé que no nos conocemos demasiado, pero quiero que seas sincero conmigo.

—Lucas..., yo hice la entrevista en tu empresa hace unas semanas, pero nunca me llamaron. Cuando te conocí, no sabía que era el mismo sitio, lo descubrí a los pocos días de que me dieras la tarjeta.

—¿Cómo? ¿Quién te hizo la entrevista?

—Un tal Pedro. Si te soy sincera, vi las ofertas de empleo cuando estaba en Estocolmo. Creí que era una buena oportunidad y vine. Me equivoqué, aunque no me arrepiento de estar aquí.

—No sé qué ha podido pasar, Ariadna, pero te aseguro que lo solucionaré. Sé de tu formación porque tu madre siempre me lo ha contado. Es imposible que no fueras seleccionada para el puesto. Créeme, cuando te digo que no tenía ni idea de esto.

—No tienes de qué preocuparte, Lucas. Sabía que no sería seleccionada.

—¿Por qué dices eso?

—Olvidalo. No te preocupes. Seguiré buscando.

—¿Qué lo olvide? ¡Por supuesto que no! No es así cómo se hacen las cosas en la empresa. Y si Pedro lo hace, está claro que no es la persona que tiene que estar en ese puesto —Ari coge la mano de Lucas y le dice:

—Lucas, por favor. No quiero que nadie pierda su trabajo por mi culpa. Hay muchos trabajos. Seguramente, él pensó que no encajaría en ese, y ya está. Prométeme, que no le dirás nada —los ojos de Ari se clavan en los de Lucas.

—No se puede quedar así, Ariadna. Pienso hablar con él para saber porque no te ha llamado, y no puedes impedírmelo.

—Está bien, pero ¿podemos dejar el tema, y hablar de otras cosas?

—¡Claro que sí! Dime, ¿cómo es la vida por Estocolmo?

—Genial. He aprendido muchas cosas, y he conocido gente maravillosa, aunque estar lejos de la familia, siempre entristece.

—Lo sé. He pasado mucho tiempo viajando, y también he notado la ausencia de mi familia. Cuando mi padre falleció, me di cuenta de que, había perdido muchos momentos con él.

—¿Hace mucho que ocurrió?

—Hace siete años, pero supongo nunca es suficiente para olvidar a alguien a quien has querido tanto.

—Por suerte, conservo a mis padres, pero cada vez que pienso en que algo les puede pasar, me falta el aire. Siempre he sido muy familiar, pero estar lejos de ellos, me ha hecho darme cuenta de que los necesito cerca.

—¿Ese ha sido uno de los motivos de tu vuelta?

—Sí. No podía estar más tiempo alejada de ellos. Estocolmo me ha dado muchas cosas buenas, pero todo hubiera sido más fácil, si mis padres hubieran estado a mi lado —Ariadna se entristece.

—Lo siento por la pregunta.

—No tienes que disculparte. Soy un poco sensible con ese tema ¿Y tú? ¿Qué puedes contarme? Mi madre te ha hablado mucho de mí, pero yo no sé nada de ti.

—No hay mucho que contar. Llevo unos años dirigiendo la empresa. Al principio, fue duro. No quería estar en ningún sitio que pudiera recordarme a mi padre, pero luego me di cuenta de que si él había dejado en mis manos una de sus empresas, sería por algo, y no podía defraudarle. Se lo debía.

Al final, tuve que dejar la vida que tenía para ocuparme de los negocios, y de mi madre. Ella se quedó destrozada con la partida de mi padre, y entre mi hermano y yo, tuvimos que cuidar de ella.

—Supongo que no ha sido fácil para ninguno.

—No. Siempre hemos sido una familia muy unida, pero nunca conté con que mi padre podría dejarme al mando de una de sus empresas. Mi hermano siempre ha sido el que se ha ocupado de esas cosas. Era la mano derecha de mi padre, y yo pensé que él sería quién se ocuparía de todo.

—¿Tenéis buena relación?

—Sí. Siempre hemos tenido buena relación. Él es el mayor, y el responsable, yo siempre he sido un poco más cabra loca.

—Los hermanos pequeños sois así.

—Tu madre me ha hablado alguna vez de tu hermana, pero cuando lo hace, siempre es con preocupación. Creo que la trae de cabeza, aunque no lo diga.

—Sí. Mi hermana es un terremoto. Siempre caprichosa, y consentida. Nunca ha entendido en la familia que ha crecido. No ha sabido valorar todo lo que mis padres han hecho por ella. Siempre dice que se equivocó de familia. A veces, creo que se siente avergonzada de nosotros.

—Es muy duro eso que dices.

—Lo sé, pero es la realidad. Desde que cumplió los doce empezó a sentirse diferente en el colegio. No quería que mi madre la fuera a buscar, decía que su familia viajaba mucho, cuando lo que en realidad hacíamos era trabajar. El poco dinero que sacaba mi madre era para dárselo a ella para comprar bolsos caros. Nunca lo he entendido, y le he reprochado por ello a mi madre. Pero ella solo intenta que sea feliz en el mundo que ella misma se ha creado.

—Sin saberlo, creo que tú también has hecho mucho por ella.

—He tratado de que todos sean felices, aunque no es fácil.

—¿Y tú? ¿Eres feliz?

—La felicidad es tan complicada..., supongo que es imposible estar feliz siempre. La vida son momentos.

—Tienes mucha razón.

—Me gusta mucho hablar contigo, pero..., tengo que irme —dice Ariadna.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Nos veremos otro día? —la pregunta le hace sonrojarse. Él lo nota, pero le dedica una tierna sonrisa.

—Podemos vernos otro día, sí —ella le devuelve la sonrisa. Las manos de Lucas se apoyan en las suyas suavemente.

—Ariadna, prométeme que lo pensarás —el corazón de ella comienza a palpar sin control. Traga saliva y consigue decir:

—¿Pensar?

—Sí. Lo de trabajar conmigo. No quiero perder a alguien como tú.

—Lucas, yo...

—Shhh..., solo piénsalo. Estaré esperando tu respuesta.

—Gracias, Lucas.

—A ti. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien hablando con alguien.

—Lo mismo digo. Gracias por el café.

—Me alegra saber que compartimos sitio preferido —Ariadna sonríe de nuevo.

—Creo que es el sitio preferido de mucha gente, no solo el nuestro.

—Te acerco a casa.

—No. Me gusta pasear. No te preocupes.

—¡Vamos, Ariadna! Esto está muy lejos de tu casa.

—No vale de nada negarme, ¿verdad?

—No —ambos vuelven a sonreírse, se levantan de la mesa, y se dirigen al coche de Lucas.

Allí, Ariadna parece nerviosa. La cercanía con Lucas, le provoca muchas sensaciones que, había creído olvidadas. Desde que le conoció, su mente no ha dejado de tener pensamientos con él. Incluso, le ha sacado más de una sonrisa.

Ella sabe que le gusta, pero ante cualquiera, lo negará en rotundo.

Ambos tienen vidas muy diferentes. Él es un hombre tremendamente guapo, y ella...

Lucas solo puede ver en ella una buena amiga, nada más. Ese es el pensamiento de Ariadna.

Cuando llegan a casa, antes de que Ari se baje del coche, Lucas le dice:

—No quiero que pienses que soy un loco, pero ¿cenarías mañana conmigo? —Ari trata de mantener la calma ante dicha pregunta.

—¿Cenar? ¿Juntos?

—Sí. Me gustan nuestras charlas. Quiero que nos volvamos a ver ¿Qué dices?

—De acuerdo. Cenamos.

—¡Perfecto! Te paso a buscar sobre las nueve. ¿Te parece?

—Bien.

—Nos vemos mañana, Ariadna.

—Hasta mañana, Lucas —Ariadna se baja del coche, se dedican un par de sonrisas, y abre la puerta. Cuando cierra, se queda apoyada en el umbral de esta hasta que llega su madre.

—¡Vaya! Hacía tiempo que no te veía sonreír de esa manera.

—¡No digas tonterías, mamá!

—¿Por qué no me habías dicho que tenías una cita con Lucas?

—Porque no me ha parecido importante.

—¿De verdad lo crees?

—Me voy a la habitación, mamá.

—Lucas es un buen chico. Si te ha buscado, es porque de verdad le

interesas.

—¿De qué estás hablando? ¡Por favor, mamá! Solo quiere ser amable conmigo.

—Por no querer ver las cosas, te has perdido medio mundo, cariño. Deja de analizar todo tanto, y cree un poquito más en ti misma.

Eres una chica fantástica, y te aseguro que, yo no soy la única que lo ve.

—¡Ay, mamá! ¡Cuántas fantasías tienes en la cabeza!

—Tú deberías de soñar más a menudo —su madre le da un beso en la mejilla, y ella se dirige a la habitación. Se tumba en la cama, y vuelve a pensar en Lucas.

«*Si te ha buscado es porque de verdad le interesas*» —las palabras de su madre resuenan en su cabeza.

«**¡No, no, no!**», piensa Ari. Ella no iba a dejar que las palabras de su madre cambiaran su manera de ver las cosas.

## ¿Amigos y nada más?

A la mañana siguiente, Alexander, espera en su oficina. El trabajo se ha multiplicado, y las vacaciones de algunos empleados no han llegado en el mejor momento. Lleva una semana saturado de trabajo.

Su hermano le ha llamado en varias ocasiones para verle, pero ha sido imposible hacerlo.

Hoy, para colmo, tiene ronda de entrevistas. Algo que detesta, porque le agobia la gente que intenta engañarle, rellenando su vida laboral y diciendo lo bueno que era en su antiguo trabajo. ¿Qué espera la gente que diga? ¿Qué está encantado de tener a alguien tan maravilloso en su empresa?

Al final, cree que él, es el más adecuado para elegir a los candidatos. Al fin y al cabo, él es el jefe.

Recibe a un par de personas, a las que descarta rápidamente. Sabe perfectamente lo que busca en su empresa. Tiene las ideas muy claras.

Por suerte, la tercera candidata, es la elegida.

Una chica de pelo largo castaño, bajita, y con una figura poco definida, pero con los ojos más bonitos que haya podido ver jamás. Su mirada es de un verde esmeralda. Tiene una sonrisa tímida, pero simplemente perfecta.

Se hace llamar Ariadna, y su vida laboral y formación, es simplemente brillante. Solo le hacen falta un par de preguntas para darse cuenta de que esa chica, no necesita rellenar su vida profesional. Incluso, podría decir que, es demasiado modesta.

Parece una chica segura de sí misma, aunque sus ojos demuestran timidez.

—Ariadna, dime, ¿por qué quieres trabajar aquí? —a Alexander le encanta hacer esa pregunta.

—Llevo tres años fuera de España formándome, pero realmente, lo que necesito es un trabajo estable aquí.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —Ariadna comienza a ponerse nerviosa, y asiente con la cabeza.

—¿Por qué decidiste dejar Estocolmo? Tenías un trabajo estable.

—Sí, pero en la vida, hay prioridades —su respuesta le hacer pensar a Alexander.

—Bien, Ariadna. Hemos terminado con la entrevista. Ambos se levantan, y se tienden la mano.

—No hace falta que me diga que ya me llamarán. Llevo casi un mes escuchando esa frase.

—No voy a decirte esa frase, Ariadna. Todo lo contrario. Estás contratada. Estoy convencido de que no voy a equivocarme con esta decisión.

No me gusta dejar estas decisiones en manos de otra persona. Yo soy el director general —la cara de Ari es un auténtico poema.

—¿Cómo dices? —responde ella.

—No me gusta decirlo hasta que no termino la entrevista. La gente tiende a no ser ella misma cuando se entera que está siendo entrevistada por el jefe.

—Yo siento sí... —Alexander no la deja terminar.

—No tienes nada que sentir. Eres la elegida por tu formación, pero también por cómo te has comportado en la entrevista.

No me gusta la gente que miente, o engorda su experiencia profesional, solo por conseguir un trabajo.

—Nunca me ha gustado hacer eso. También es cierto que, no he tenido demasiados trabajos.

—Me alegro mucho de que lo seas. Creo que hemos tenido mucha suerte de encontrarte.

—Gracias por la oportunidad.

—Bueno, no hemos hablado de las condiciones, pero debo decir que, cuido

mucho de mis empleados. El sueldo es muy atractivo.

Tania te comentará todo, y si estás de acuerdo, mañana podrás venir a firmar los papeles.

—Gracias, de verdad.

—No tienes que dármelas. Tienes todas las cualidades para formar parte de esta empresa. Nos vemos mañana, Ariadna. Encantado de conocerte

—Alexander vuelve a tener su mano.

—Hasta mañana —dice ella.

Ariadna sale de la oficina con una gran sonrisa, mientras que, Alexander, se queda pensando en esa chica de ojos esmeralda. «¿Puede alguien tener tanta pureza en la mirada?», piensa él.

Adriana concreta los horarios, y el salario con Tania. En el momento que abandona la empresa, llama a su madre para contarle la buena noticia. Dolores, como era de esperar, derrocha felicidad por su hija. Sabe lo mucho que le ha costado encontrar su sitio.

A pesar de que, está feliz con la noticia de su nuevo trabajo. Su mente, no le da tregua, y no deja de pensar en Lucas. Ella nunca hubiera aceptado la oferta de trabajo que él le propuso, pero no puede dejar de pensar en sus palabras.

Esa misma noche, en la casa de Ariadna, todos celebran el nuevo empleo de esta. Todos menos Natalia, que no parece alegrarse del nuevo trabajo de su hermana.

—Natalia, cariño, tu hermana ha conseguido un buen trabajo —dice Dolores.

—¡Qué novedad! Ariadna siempre ha sido tan perfecta...

—¡No digas eso!

—Es la verdad, mamá. Solo os habéis sentido orgullosos de ella. Sin embargo, para mí, todo han sido pegas.

—Quizás, sea porque tú solo te has dedicado a darles disgustos —añade Ariadna.

—¡Claro! Siempre has sido la preferida.

—¿Preferida? Mamá se ha matado a trabajar para que la niña pudiera lucir su bolso de marca entre sus amigos.

—Nunca he tenido lo que quería.

—No has valorado los esfuerzos que mamá y papá hacían por ti.

—¡Dejadlo ya, por favor! —dice Dolores—. Es un día para celebrar, no para discutir.

—¡Me largo! No quiero estar donde no se me quiere —dice Natalia.

—Siempre tan dramática —añade Ari.

—Ari... —dice Dolores.

—No, mamá. Siempre la proteges. Deberías de darte cuenta de que solo es una niña caprichosa que, no valora los esfuerzo que has hecho por ella.

—Solo es una niña que quiere encajar.

—¿Encajar? ¡Mamá! Vive en un mundo que no es el suyo. Se me han quitado las ganas de celebrar nada, lo siento.

Ari vuelve a su habitación. Se tumba en la cama, y coge aire. Su hermana siempre la saca de sus casillas. No lo soporta.

Ella siempre ha tratado de cuidar de su familia, pero parece que Natalia, no puede mirar más allá de su interés.

Se pone a revisar su móvil, y se olvida de todo lo que acaba de suceder ahí fuera.

LUCAS\_20:30

*Hola, preciosa. ¿Cómo te ha ido el día? Espero que no te hayas olvidado de nuestra cena de mañana.*

Lucas le ha mandado un mensaje, y ella no puede dejar de sonreír. Intenta mantener la calma porque en este momento, parece una quinceañera cuando el chico que le gusta le manda un mensaje. Se serena un poco, y comienza a escribir.

ARIADNA\_21.30

*Hola. Perdón por no haberte contestado antes. Acabo de ver tu mensaje. El día ha ido bien, ¿y el tuyo? No me olvido de nuestra cena.*

Lucas contesta casi al momento.

LUCAS\_21:33

*Mis días siempre son interminables. Me alegro de saber que el tuyo ha ido bien. Nos vemos mañana, preciosa. Un beso.*

«Preciosa, un beso...», piensa en esas palabras.

Ari, fantasea pensando cómo serían los besos de Lucas, y sí en algún momento, sus deseos, se harían realidad.

Parece que las cosas empiezan a funcionar en su vida. ¿Por qué no pensar que en su corazón también?

*«No consigo olvidarme de sus ojos, como tampoco lo hago de su sonrisa. Hacía tiempo que una persona no ocupaba su tiempo de esta manera. ¿Por qué Ari no sale de mi cabeza?», piensa Lucas.*

Esos pensamientos, le tienen totalmente descolocado a Lucas. Está deseando que llegue la noche para poder hablar con ella de nuevo, y volver a perderse de nuevo en esos ojos.

Él no es el único que tiene esos pensamientos. Alexander, no puede olvidar la imagen de esa chica tímida de su oficina, y está decidido a saber más de ella.

Hay algo en esa chica que le atrae, y que, no le da tregua a sus pensamientos.

Una hora antes de la cena, Ari, busca qué ponerse. Está nerviosa, no puede evitarlo. Sabe que solo es una cena de dos conocidos, pero lo que Lucas provoca en ella, hace que sueñe con historias de amor imposibles.

Al ver el armario, se da cuenta de que lo único que ocupa este, son camisetas, vaqueros, y alguna que otra camisa. Unos viejos zapatos de tacón, asoman al final del armario. Esos que, utilizó para la boda de alguna prima.

Nada de faldas, ni vestidos. Cualquiera diría que su madre es modista.

Quizás, ahora que va a trabajar en una empresa importante, tenga que ir de compras.

Al final, se decide. Se viste con un vaquero y una camisa burdeos.

Ari, nunca ha sido de maquillaje, así que, decide ponerse algo de colorete, un poco de máscara de pestañas, coge su bolso, y sale de la habitación. Pero no sin antes pasar por el interrogatorio de su madre.

—Ari, ¿vas a salir? —pregunta Dolores.

—Sí. Voy a cenar. No vendré tarde.

—¿Con quién vas? —Ari se queda en silencio, pero sabe que debe

contestar.

—Con Lucas, mamá. Hemos quedado para cenar.

—Últimamente os veis mucho, ¿no?

—Mamá...

—No voy a decirte nada. Es un buen chico. Disfruta de la cena y de la compañía, cariño —dice Dolores.

—Gracias, mamá.

Cuando Ari sale de casa, Lucas le espera en el coche. Se saludan con un hola cuando ella entra en el coche.

Durante el camino al restaurante, hablan y se ríen, aunque la verdadera conversación llega cuando comienzan a cenar.

—Me alegro de que aceptaras mi invitación —dice él.

—A mí también me gusta hablar contigo. Hacía tiempo que no sentía una conexión así con nadie. Eres especial..., quiero decir... —Ari comienza a ponerse nerviosa.

—Para mí también eres especial —Ari no puede evitar sonrojarse.

—Puede que estuviéramos destinados a encontrarnos.

—Creo que la vida te pone a las personas en el camino por alguna razón. Sé que sí tú has llegado a ella, es por algo.  
¿Cómo está tu madre?

—Bien.

—¿Ocurre algo? Sé que no nos conocemos demasiado, pero puedes contarme lo que sea.

—Me gustaría que las cosas fueran diferentes. Sé que sufre, y aunque en ocasiones intento evitarlo..., siento que no lo consigo.

—¿Tu hermana?

—No solo es ella, aunque diría que el ochenta por ciento de la preocupación de mi madre. Desde que empezaron sus temblores, su angustia ha ido en aumento. Sé que se siente inútil, y es tan terca que, no quiere ir al médico.

Estoy segura de que podría darnos alguna solución.

—Yo mismo se lo ofrecí, pero no quiso. Cada vez que toco el tema, me habla de otra cosa. Podría tener mucho trabajo, Ariadna. Incluso yo mismo he tratado de montarle algo, pero se ha negado.

Yo aprecio mucho a tu madre. Hace años que la conozco, pero desde el primer día nos conquistó a todos el corazón. Es una persona con un alma pura, de las que ya no quedan. Y eso, precisamente, es lo que le hace tan especial.

—Mi madre es una persona extraordinaria. Siempre ha tratado de darnos lo mejor.

—Y tú siempre has querido recompensárselo.

—Yo...

—¡Vamos, Ariadna! No te conozco mucho, pero tu madre, no ha parado de hablar de ti en estos años. Y la forma en que tú, hablas de ella, la forma en la que actúas..., me encanta el concepto que tienes de familia.

—Es lo que me han enseñado desde pequeña. Supongo que, es por eso que no puedo estar alejada de ellos.

—Respecto a eso..., ¿has pensado en mi propuesta?

—Lucas...

—Hablé con el responsable, y le dije cómo funcionaban las cosas en la empresa. Tenía que haberte llamado. Es más, no tenía que haberte dejado marchar.

—No importa, Lucas. Quería contarte algo.

—Dime.

—He encontrado trabajo. En realidad, un buen trabajo. Es la oportunidad que estaba esperando. Además, no tendré que irme lejos de mi familia.

—¿De verdad? Me alegro mucho por ti, y por tu jefe. Desde luego, ha sabido elegir.

—Lo cierto es que, eso me dijo en la entrevista. Estoy muy contenta. Espero poder convencer a mi madre para ir al especialista.

—Si necesitas dinero...

—¡Nunca te aceptaría dinero, Lucas!

—No quería ofenderte.

—No lo has hecho, pero nunca te aceptaría dinero.

—Eres una mujer maravillosa —sus palabras le hacen sonrojar—. Estás preciosa cuando tus mejillas se tiñen de rojo.

—No estoy acostumbrada a que me digan estas cosas.

—Deberías, porque no te he dicho ni una sola mentira —Ari clava sus ojos en los de Lucas. Por un momento, cree que está soñando.

«En las películas, cuando el chico le dice estas cosas a la chica, llega el momento del beso, ¿no?», piensa ella.

—Todo estaba buenísimo, ¿no crees? —ella cambia de tema, y él no puede evitar sonreír.

—Sí. Ha sido un acierto venir aquí.

Ari, vuelve a retomar la conversación, aunque le resulta difícil olvidar las palabras que le ha dedicado Lucas. Pero no está todo dicho.

Su encuentro, guardaba una sorpresa.

Cuando la cena termina, Lucas lleva a Ari a casa. Cuando ella va a bajarse del coche, él le coge la mano, y sus ojos vuelven a encontrarse.

—Gracias por cenar conmigo. Lo he pasado muy bien —las manos de Ari comienzan a temblar.

—Yo también, Lucas. Me gusta mucho estar contigo— En cuanto que dice la frase, intenta cambiar de tema, pero esta vez, Lucas, es más rápido. Se acerca a ella, y acaricia su mejilla suavemente. Se acerca a su oído, y le susurra muy bajito:

—Eres la mujer más maravillosa que he conocido nunca —Ari comienza a tragar saliva, y su corazón se acelera.

—Lucas, yo...

—No hace falta que digas nada. Yo también he notado lo que provoco en ti. No puedes negarlo —toca su pelo suavemente, y sus dedos bajan hasta sus mejillas. La mira con una mirada tierna, y sus labios se acercan lentamente a los de ella. Ari, cierra los ojos, y cuando está a tan solo dos milímetros, ella corta esa cercanía. Se aparta de él, y abre la puerta del coche.

—Lo siento, Lucas —dice esa frase y se marcha.

Si hubiera estado tan solo un minuto más en el coche, él la hubiera besado, pero Ari no podía permitirlo.

No podía caer de nuevo en el juego del amor. Se lo había prometido a ella misma hace muchos años.

Mientras que Ari pensaba en cómo quitarse a Lucas de la cabeza, él pensaba en todo lo contrario. Su cabeza se hacía demasiadas preguntas.

*«¿Qué ha pasado para qué Ariadna me haya rechazado? ¿Tendrá novio?»*, piensa.

Él había dado por hecho que no. Había notado las miradas de ella, su nerviosismo. ¡No podía estar equivocado! ¡Ella también sentía cosas! No podía ser mentira lo que había sentido.

Esa noche, ninguno de los dos pudo dormir. Ambos pensaban en ese beso que, pudo ser y no fue.

## Cosas del destino

Durante varios días, Ari, permanece ausente. Lucas le ha mandado algún mensaje, pero ella no ha sido capaz de contestarle.

Su madre no ha dejado de hacerle preguntas, pero todavía no ha sido capaz de sincerarse con ella. Sabe lo mucho que sufre con todo lo que le sucede a ella, y no quiere preocuparla más de la cuenta.

Una tarde, decide ir de compras al centro, y allí, se encuentra con Lucas. Su corazón se dispara cuando ve que este, está acompañado por una mujer muy atractiva. Ella le acaricia la cara, y él le sonrío. Está convencida de que es su novia, y que lo único que quiso fue reírse de ella, crearle falsas esperanzas.

Por sus mejillas corren dos lágrimas. Antes de que sigan cayendo, ella misma las detiene, y promete que, nadie volverá a hacerla llorar.

Imágenes de su pasado, vuelan en su mente. El aire comienza a faltarle, y solo queda una salida: huir, y dejar de ver esa imagen que tanto daño le estaba haciendo.

No quería pensar en nada más. Mañana empezaba una nueva semana, y un nuevo trabajo.

El cambio que tanto estaba buscando, había llegado, y no iba a permitir que, un hombre le hiciera huir de nuevo, y dejar a su familia.

A la mañana siguiente, Ari se mira al espejo una, y otra vez. Sus complejos le perseguían de nuevo. Esos que había tratado de dejar atrás, y que, la gente creía que a ella no le importaban. Nada más lejos de la realidad.

Durante años, había luchado contra sus imperfecciones, sintiendo que no encajaba en ningún lado. Envuelta en un mundo en el que el físico predominaba por encima de cualquier cosa. Ella, que había formado una personalidad fuerte todos estos años, de nuevo, se sentía vulnerable ante él. Lucas había visto en ella algo que los demás, eran incapaces de ver. Él había visto belleza, donde ella solo veía imperfecciones.

Su madre siempre había dicho que tenía una belleza especial, pero ¿qué iba a decir ella? Era su madre.

Durante su adolescencia, fue la primera en juzgarse. Su cuerpo no era cómo el de cualquiera chica de su edad. Sus kilos de más, no pasaban desapercibidos, al igual que, tampoco lo hacía su cicatriz de la pierna. Esa que le recordaba cada día el valor de la vida.

Luchó contra los comentarios de sus compañeros. Fuerte y segura, pero la realidad cuando llegaba a casa, era muy distinta. Las lágrimas invadían sus mejillas, y el sentimiento de tristeza, se apoderaba de ella.

Decidió dejar de comer, encerrarse en casa..., pero todo eso, sabía que, no era la solución, y tras muchas lágrimas derramadas, se dio cuenta de que ella era así. Si algún día decidía cambiar, sería por ella misma, no por lo que los demás pudieran decir.

Cuando cumplió los veinte años, decidió que, necesitaba ese cambio, y lo logró. Un largo camino que, recorrió con la ayuda de sus padres. De esa chica insegura, poco quedaba.

Ahora, su cuerpo seguía sin ser perfecto, pero ¿qué significaba la perfección? Ella había ganado en salud, y también, había logrado dejar atrás mucho dolor.

Sus estrías, le recordaban el sufrimiento vivido. No era una chica de la talla treinta y seis, pero ese adjetivo que la gente decía tan gratuitamente, había desaparecido.

Ahora que alguien de había vuelto a fijar en ella, sus inseguridades habían vuelto. La enorme cicatriz de la pierna, le seguía recordando el dolor. Sus manos paseaban por sus estrías, dibujando círculos en su cuerpo. Esa era ella. No era perfecta, pero tampoco quería serlo.

Lucas, le había recordado su peor parte, y por eso, debía alejarse de él.

Ahora más que nunca, sabía que, no era el tipo de mujer que él estaba buscando. Él cómo muchos otros, solo le regalaba los oídos una vez más. Pero esta vez, no volvería a caer en la trampa.

Empezaba una nueva vida para ella, y trataría de dejar todo atrás.

Esa mañana, todo tenía que ser distinto.

Volvió a mirarse al espejo, y con semblante serio, se contempló de nuevo.

Cogió un pantalón negro, una camisa de media manga blanca, y la chaqueta a juego. Recogió su pelo castaño en un moño a media altura, se

sentó en el tocador, y maquilló suavemente su rostro. Un poco de máscara para resaltar sus ojos, y un brillo e labios en tono rosa para no llamar demasiado la atención. Se miró en el espejo otra vez. *«Esta soy yo. La nueva Ariadna. Dispuesta a empezar un nuevo camino»*, dijo para sí misma.

Llegó a la oficina quince minutos antes. Odiaba la impuntualidad. Tania la esperaba para darle algunas indicaciones. Cuando Alexander pasó por su lado, se quedó embobado mirando a esa chica de ojos verdes. *«¿Qué se había hecho? ¿Sería la ropa? Se veía todavía más preciosa que, el día que la conoció»*, pensó.

Ella le dedicó una tímida sonrisa, y él se la devolvió, añadiendo un buenos días.

Alexander, dejó que pasara la mañana para que ella se adaptara. Antes de que finalice el día, él se acerca a su oficina.

—Hola, Ariadna. ¿Qué tal tu primer día? No he querido venir antes para que estuvieras más tranquila.

—Hola. Gracias por el espacio. Todo ha ido muy bien. Tania ha estado muy pendiente de mí. Son muchas cosas, pero me pondré al día rápido.

—Lo sé. Confío en ti. Cualquier cosa que necesites, puedes pedírmelo sin problemas. Puedes contar conmigo para lo que sea.

—Gracias, señor...

—¿Señor? ¡Nada de eso! Llámame Alexander. Aquí, nadie me llama de otra manera.

Quiero que sepas que, somos una empresa muy familiar. Todos nos llevamos muy bien. Aquí no hay malos rollos, ni problemas. Cuando alguien necesita algo, nos apoyamos.

—Eso es genial.

—Puedes marcharte a casa. Mañana vendré a enseñarte algunas cosas.

—Gracias.

—No tienes por qué dármelas. Nos vemos mañana —Alexander le guiña un ojo y se marcha.

Ari, recoge sus cosas, y pone rumbo a casa. Ha sido un buen día. Es cierto todo lo que ha dicho Alexander, más que una empresa, son una gran familia.

Su primer día, había estado cargado de aprendizaje, pero sus compañeros le habían ayudado, y eso, era de agradecer.

Se había sentido parte de esa prensa desde el minuto uno. Algo que le parecía imposible meses atrás.

Al día siguiente, la madre de Ari, entra en la habitación.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Anoche casi no tuvimos tiempo de hablar. ¿Qué tal fue tu primer día?

—¡Genial, mamá! Tengo muchas cosas que aprender, pero tengo muy buenos compañeros. Ellos lo hacen todo más fácil.

—Me alegro, hija. Ya era hora de que alguien te diera el sitio que mereces. ¿Y tu jefe? ¿Cómo es?

—Es un buen hombre, mamá. Ayer me dijo que, hoy me enseñaría algunas cosas.

—Espero que por fin ese sea tu sitio, cariño.

—Yo también lo espero, mamá —Ari le regala una tierna sonrisa a su madre.

Esa mañana, Ari vuelve a llegar temprano. Comienza a colocar papeles, cuando llega Alexander.

—Buenos días. ¡Qué puntual! —dice él.

—Buenos días. No soporto llegar tarde. Es más, suelo llegar siempre antes de mi hora.

—En eso también nos parecemos.

—Me alegra saber eso.

—¿Un café?

—¿Con leche y dos azucarillos? —añade ella.

—¡Hecho! Ahora mismo vengo.

La amabilidad de Alexander, no pasaba desapercibida para Ari, que estaba encantada con su nuevo jefe. Parecía un compañero más, y eso le fascinaba.

Después de tomar café, y charlar unos minutos, ambos se ponen a trabajar. Alexander le pone al día de las cosas más importantes. Le enseña con toda la paciencia del mundo. Él sabe que ha encontrado la persona que tanto tiempo ha estado buscando. Ahora solo quedaba definir si era solo en lo profesional, o también en lo personal. Esa mujer, había conseguido meterse en su cabeza, y tenerla cerca, solo confirmaba sus sospechas. Ariadna, le interesaba.

—Quiero comentarte algo, Ariadna. En tres días, tenemos una presentación en la empresa de mi hermano. Es un buen momento para hacer nuevos clientes. Todo está preparado, pero me gustaría que me acompañaras. Necesitaré a alguien para captar a esos clientes, y me gustaría que fueras tú la que estuviera a mi lado.

—Yo...

—Es una fiesta importante tanto para mi hermano, como para mí. Quiero que te conviertas en mi mano derecha para algunas cosas. Sabes muy bien cómo manejar a la gente, y eso es algo que admiro de ti.

—Alexander, yo nunca he hecho eso. Lo mío no es captar clientes.

—¡Conseguiste meterme a mí en el bolsillo! ¿De verdad piensas que no puedes conseguirlo? Confías muy poco en ti misma.

—Puede que tengas razón.

—Entonces, ¿qué me dices?

—Está bien. ¡Acepto!

—¡Genial! —ambos sonríen.

—¿De qué es la empresa de tu hermano, exactamente?

—Se dedica a la producción de nuevos talentos, eventos..., es una empresa muy amplia.

—¿Y qué podemos sacar nosotros de todo eso?

—A ese tipo de eventos, van todo tipo de empresas. Gente que está dispuesta a invertir mucho dinero en nuevos proyectos, y ahí estaremos nosotros para cazarlos.

—¿Qué puede aportar una empresa de moda a toda esa gente?

—Nunca subestimes a nadie. Nunca sabes con quien puedes encontrarte.

—Tienes razón. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡Claro que sí!

—¿Por qué no trabajáis juntos?

—Lo hacemos. Él lo hace mucho más con nosotros. Siempre necesitamos gente para que nos organice eventos, fiestas con los modelos..., pero siempre manteniendo un margen, y respetándonos. Ese fue nuestro acuerdo hace muchos años.

—Es genial que tengáis tan buena relación.

—Discutimos como todos los hermanos, pero también nos apoyamos. De eso se trata, ¿no? —el semblante de Ari se entristece, y Alexander sabe que ha dicho algo con lo que se ha sentido molesta—. ¿He dicho algo malo? Lo siento. No pretendía incomodarte.

—No te preocupes. No pasa nada. Son cosas mías. ¿Cuándo has dicho que sería la fiesta?

—En tres días. Respecto a eso, quiero comentarte algo.

—Sí, lo sé. No tengo la mejor pinta para ir a ese tipo de eventos. Trataré de arreglarme todo lo que pueda.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo es eso de que, no tienes pinta para ir a ese tipo de eventos? ¡No puedo creer lo que me estás diciendo! ¿De verdad piensas que, iba a decirte cómo ir a la fiesta? Solo quería decirte que, la fiesta comenzará a las diez de la noche, y que será en un hotel del centro.

—¡Lo siento, Alexander! ¡Qué vergüenza! Lo siento, lo siento.

—Deja de disculparte. No sé si me molesta más que pienses que soy de ese tipo de personas, o que tengas tan mal concepto de ti. ¿Qué te pasa por la cabeza, Ariadna? Eres una chica muy guapa, y quien no vea eso, sinceramente es que, está ciego.

—Yo sé cómo soy. Hace años que dejé de importarme la opinión de la gente, pero entiendo que trabajando aquí...

—Trabajando aquí, tienes que ser tú misma. No te he contratado para que cambies. Dirijo una empresa de moda, pero no sigo las reglas que marcan ciertas marcas. Poco, a poco, te darás cuenta de que, esta empresa no es como las demás.

—Siento mucho mi comentario.

—No te preocupes. ¿Hablamos más tarde? Tengo unos asuntos que resolver.

—De acuerdo. Yo seguiré trabajando.

Alexander sale de la oficina enfadado. Lo que ha dicho Ariadna, no le ha gustado. No entiende cómo puede pensar de esa manera. Él nunca la juzgaría

por su aspecto. La vida, y el trabajo en el que está, le han hecho darse cuenta de que, la gente solo juzga por una apariencia física y nada más. No le importa lo que pueda haber por dentro, pero eso no es lo que a él le han enseñado. Durante todos estos años, ha aprendido a ver más allá.

Él ha visto el dolor en los ojos de esa chica. Sabe que detrás de esa mujer fuerte y segura, hay una historia que le rompe por dentro. Quiere saber qué es lo que le ocurrió en el pasado para que sus ojos se vuelvan tan tristes al hablar de su aspecto.

Para él, es un chica preciosa, y no solo por dentro, también lo es por fuera, aunque ella no quiera entenderlo.

Alexander quiere sacarse a esa muchacha de la cabeza, pero parece que su mente, no pretende darle ninguna tregua. Quizás, lo mejor sea hablar con su hermano, y contarle todo por lo que está pasando. Él, le juró hace tiempo a su padre que, jamás mezclaría a las mujeres con el trabajo, y hasta hoy, había cumplido con su promesa, pero ahora que, Ariadna había aparecido, todo era diferente.

Dejó el tema de lado, y se puso a trabajar. Había muchas cosas por hacer.

Ariadna, seguía inmersa en los papeles, pero también en lo que había sucedido en el despacho de Alexander. Quería pedirle perdón por lo que había sucedido, pero no quería molestarle. Esperaría a la hora de comer para volver a su oficina.

Y así fue. Minutos antes de que dieran las dos, Ariadna tocó a la puerta de su despacho.

Entró, y le pidió perdón por lo sucedido. Él le dijo que olvidara el tema, y le propuso salir a comer. No aceptaría un no por respuesta así que, ella recogió su bolso, y ambos salieron a comer.

Fueron a un lugar cerca de la oficina. Allí charlaron del trabajo, y también de la vida. Alexander quiso saber más de esa chica que, ocupa gran parte de sus pensamientos, aunque ella, no estaba dispuesta a desvelar demasiadas cosas de su vida privada, lo cierto es que, Alexander le inspiraba confianza, y se atrevió a hablar un poco de ella misma.

Él escuchaba con atención todas las palabras de Ariadna. Se había dado cuenta de que, su familia, era lo más importante para ella. Le delataba la

amplia sonrisa que aparecía en su cara, cuando hablaba de ellos.

Entendió que, su vida no había sido fácil, y aunque no entraba en detalles, pudo darse cuenta de que, en su pasado había mucho sufrimiento, pero que ella misma quería ser fuerte.

Alexander, no se atrevió a preguntar nada más. No tenían tanta confianza, como para indagar sobre según qué cosas.

La comida fue entretenida. Ambos se caían bien, y tenían muchas cosas en común. Alexander empezó a entender que tener a Ariadna a su lado era una fortuna, pero también le traería muchos problemas. Solo podía pensar en la promesa que le hizo a su padre y que por encima de todo, tenía que cumplirla, como había hecho hasta ahora.

Los siguientes días en la oficina, fueron puro caos. Había llegado el día de la fiesta, y todos estaban nerviosos. Se jugaban mucho. No era una simple fiesta familiar.

—Alexander, buenos días. Sé que no tienes mucho tiempo, pero necesito que revises estos documentos para poder empezar la formación la semana que viene. ¿Crees que será posible? —dice Ariadna.

—Buenos días. ¡Claro que sí! Déjalos por aquí, les echaré un vistazo antes de irme.

—¿Te marchas ya?

—Sí. Tengo que ultimar algunas cosas con mi hermano, y después ir a casa para vestirme. ¿Preparada para esta noche?

—¿Puedo responder que no?

—No te preocupes. Todo va a salir muy bien. Ya lo verás. Yo estaré a tu lado.

—Prefiero no pensarlo. Te dejo. Estoy segura que tienes muchas cosas que hacer.

—Nos vemos esta noche.

—Hasta esta noche —ella le sonríe y se marcha.

Cuando Alexander termina de cuadrar todo lo que tiene pendiente, y de revisar los documentos que, Ariadna le ha dejado, se marcha a la empresa de su hermano.

All , ambos se reciben con un cariñoso abrazo.

— No puedo creer que te está viendo, hermanito! —dice Alexander.

—S . A veces, parece que no vivimos en la misma ciudad.  C mo va todo?

—A tope. Han sido unas semanas un poco duras preparando todo lo de esta noche, pero creo que he conseguido que todo está listo.

—Venía por si necesitabas ayuda.

—Está todo controlado, pero hay algo que s  podrías hacer.

— Por supuesto! Dime.

— Inv tame a comer! —ambos se ríen.

— Eso está hecho! Además, tengo muchas cosas que contarte.

— Qu  bien suena eso!

Los dos se marchan a un restaurante cercano, y comienzan su charla. Al principio, su conversación se basa en el trabajo de ambos, pero en algún momento, llegan a algo más personal.

—Quiero contarte algo que me tiene preocupado desde hace unas semanas —dice Alexander.

—Me estás asustando.

—He conocido a alguien. Se ha metido en mi mente, y no puedo sacarla de ahí. Nunca había sentido algo así. No la conozco mucho, pero lo que sé de ella, cada día me encanta más.

—¿Te has enamorado?

—No, pero sé que puede llegar a pasar. Es una chica extraordinaria. Tiene un alma pura. Nunca había conocido a nadie que tuviera tanta verdad en sus ojos.

—¡Estás muy pillado!

—No voy a negarlo, pero hay un gran problema.

—¿Qué le ocurre a tu chica perfecta?

—Trabaja en la empresa, Lucas.

—Buff..., tienes un problema, hermanito.

—Lo sé. Tú mejor que nadie sabes la promesa que le hice a papá. No puedo saltarme eso.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Cada día me gusta más, y tengo miedo de no poder controlarlo.

—¿Y cómo ha sucedido? Tú nunca has pasado esas barreras, y ambos sabemos lo que provocan en ti las mujeres.

—Por eso mismo, porque no es algo que me haya sucedido antes. Cuando la conozcas, entenderás porque te digo todo esto.

—¿Vendrá esta noche?

—Sí. Quiero que se convierta en mi mano derecha. Tiene un magnífico don de gentes, y sé que, puede ser una pieza clave para hacer nuevas

negociaciones.

—Parece que es un buen partido.

—No te imaginas, hermanito. Esta noche podrás comprobarlo con tus propios ojos.

—Cambiando de tema. ¿Has sabido algo de mamá? No he podido verla, ni llamarla en toda la semana.

—No. Prometí comer con ella esta semana, pero he estado tan liado que, me ha resultado imposible.

—Creo que no estará muy contenta.

—De la bronca no nos libramos, eso seguro. ¿Y tú qué? ¿Nada que contarme?

—Llevo semanas sumergido en el tema del trabajo, pero también he conocido a alguien. Es alguien especial, pero creo que al revés que tú, no tengo ninguna posibilidad con ella.

—¡Vaya! Pensaba que seguías con Clara.

—No. Eso se acabó. Nos tenemos mucho cariño, pero nuestra relación no va a ningún sitio.

—¿Y cómo es esa chica de la que hablas?

—Diferente. Distinta a todo lo que he conocido anteriormente. Estoy fascinado con ella, pero creo que me precipité. Quedamos para cenar, e intenté besarla. Creo que lo estropeé todo. Desde entonces, no he vuelto a saber nada de ella. No me coge el teléfono, no contesta a mis mensajes...

—¿Y has probado a ir a buscarla?

—No. Ella no quiere verme.

—Quizás, solo está un poco descolocada porque no se lo esperaba.

—¿De verdad lo crees?

—Sí.

—Entonces, mañana iré a verla. ¡Gracias, hermanito! No sé qué haría sin ti.

—Nada. Sería imposible tener un hermano mayor mejor que el que tienes —ambos se ríen—.

Tengo que irme, pero nos vemos esta noche.

—Estoy deseando conocer a tu enamorada.

—Te encantará. Estoy seguro.

Alexander se marcha a casa. Más ilusionado que nunca. Lucas para él, es un pieza muy importante. Su relación es extraordinaria. Ambos, se respetan, se quieren, y tienen la suficiente confianza como para contarse cualquier cosa, ya sea buena o mala.

Presentarle a Ariadna, es un paso más para él. Sabe que el mismo momento en el que la conozca quedará fascinado por ella, pero no puede evitar estar nervioso.

Por otra parte, Ariadna vuelve a su casa para prepararse para esa noche.

Los nervios, están a punto de apoderarse de ella, pero trata de mantenerlos a raya.

No le gustan los sitios en los que hay tanta gente. Sabe que no puede defraudar a Alexander, y que, lo de esta noche, es mucho más que una fiesta para él.

Se mete en la ducha, y piensa en todo lo que ha sucedido en las últimas semanas. Todo ha sido una locura, pero hay algo que no ha podido sacarse de la cabeza y es a Lucas. Él ha seguido mandando mensajes, pero ella no ha sido capaz de contestar ninguno. No sabía que ponerle. Tenía miedo a volver

a sentir, pero parece que eso ya no tenía remedio. Desde el día en que lo conoció, no pudo sacarlo de su cabeza. Esa cercanía con él, había vuelto a despertar en ella, sentimientos que creía olvidados, pero sabía que no podía darle una tregua al amor, y mucho menos, después de lo que había visto en ese centro comercial.

Tenía que olvidarse de él, y por suerte, no tendría que volver a verle.

Solo le quedaba una hora para arreglarse. De ese tiempo, le sobraban algo más de cincuenta minutos. Era una fiesta, pero ella tenía que ser fiel a sí misma. Su esencia, era esa, ser ella misma.

Se secó el pelo con la toalla, y después con el secador. Pocas veces dejaba su pelo suelto, pero este, era un buen momento para hacerlo.

Dejó su pelo liso, y unas ondas se dibujaban en la parte de abajo. Se sentó en el tocador, y maquilló suavemente su rostro. Algo natural, como era ella.

Para vestirse, eligió un vestido agua marina que, había comprado en una tienda del centro comercial. Era largo, con un tirante al hombro. Elegante, pero muy sencillo.

Le entraron unas ganas terribles de ponerse sus **Converse** debajo de ese precioso vestido, pero ese día, sería como Cenicienta, solo que, no tenía muy claro si tendría que aguantar con los zapatos más de las doce de la noche.

Se miró en el espejo antes de salir, y sonrió. Nunca se había visto tan elegante, pero tenía que reconocer que, no estaba tan mal.

Cuando su madre la vio salir, los ojos de esta, comenzaron a ponerse vidriosos.

—¡Nunca hubiera imaginado verte así! ¡Estás preciosa, cariño! —dijo su madre.

—Gracias, mamá. Yo tampoco lo hubiera imaginado, pero la fiesta requiere ir un poco elegante.

—Lo sé. Vas a cautivarlos a todos. Estoy segura.

—Solo es trabajo, mamá.

—Nunca sabe una dónde puede encontrar al amor de su vida.

—¡Mamá, por favor! ¡No digas tonterías!

—Pásalo bien, cariño.

—Lo intentaré —Ariadna se despide de su madre con un beso. Un taxi espera por ella en la puerta.

De camino, no para de pensar en su entrada a la fiesta. No estaba acostumbrada a este tipo de eventos. En realidad, su trabajo nada tiene que ver con esas fiestas, pero sabe que, la empresa en la que trabaja es de moda, y esta clase de fiestas, estarán a la orden del día.

Trata de mantener la calma. Los nervios no pueden apoderarse de ella ahora.

Solo puede pensar que es trabajo. No puede defraudar a Alexander. Él ha confiado en ella.

En la fiesta, Alexander, se muestra nervioso. Su hermano, está a su lado, y trata de tranquilizarle, pero sabe que es tarea imposible.

Busca con la mirada a Ariadna, y mira el reloj una y otra vez. Intenta no pensar en si habrá cambiado de opinión.

Se pierde en sus pensamientos, pero rápidamente se da cuenta de que, Ariadna, está entrando por la puerta. La boca se le seca, y sus manos comienzan a sudar.

Ella lleva un vestido verde agua, que combina perfectamente con el color de sus ojos. Su pelo castaño cae por la cintura. Nunca la hubiera imaginado así. Ella siempre lleva el pelo recogido en un moño, pero se ve todavía más preciosa así.

Se acerca lentamente a él. Su sonrisa ilumina todo el recinto. Es la mujer más preciosa que nunca ha visto.

Cuando llega a su lado, Alexander le tiende la mano.

—¡Estás espectacular, Ariadna! —dice Alexander—. Cuando Lucas escucha ese nombre, levanta la vista, y no puede creer lo que están viendo sus ojos. «¡Es ella! ¡Está aquí!», piensa.

—Gracias. No sabía si era adecuado para la fiesta.

—Estás preciosa. Y tu pelo..., no imaginaba que fuera así.

—No suelo llevarlo suelto. Son solo manías.

—Pues deberías dejarlo así siempre —ella se sonroja—. ¡Ven! Quiero presentarte a mi hermano— Ariadna levanta la cabeza, y clava sus ojos en los de Lucas. «¿Hermano? ¿Lucas y Alexander? ¡No puede ser!», piensa.

—Este es mi hermano, Lucas. Lucas, ella es Ariadna, la chica de la que tanto te he hablado —ambos se miran sin saber qué decir. El mundo es demasiado pequeño. Ariadna se acerca a Lucas, y le da dos besos.

—¿Cómo estás Lucas?

—Todo bien. ¿Y tú?

—También —Alexander nota algo raro en el saludo y se atreve a preguntar.

—¿Ocurre algo?

—Alexander, nosotros ya nos conocíamos —añade Ariadna.

—¿Cómo? —dice Alexander. Lucas habla antes de que, Ariadna lo haga.

—Ella es hija de Dolores. Nos conocimos un día que las dos vinieron a casa.

—¡Vaya! ¿Por qué no me habías dicho nada?

—No me pareció importante —la cara de Ariadna se vuelve seria—. «¿Nada importante? ¿Por qué le mandaba mensajes, entonces?», Ari no entendía nada.

—Me alegro de que os conozcáis. No imaginas cómo es esta mujer, hermano. Creo que nunca la voy a dejar escapar—. Las palabras de Alexander, se clavan en el corazón de Lucas. Nunca hubiera imaginado que,

Ariadna, fuera la misma persona de la que él no había podido olvidarse.

—Hermanito, te dejamos. Tenemos que ver a unas cuantas personas —dice Alexander.

—Bien. Nos vemos más tarde —dice Lucas—. Ariadna le mira. Parece que está buscando respuestas, pero ella no sabe qué decir. Lo último que esperaba era que él, fuera el hermano de Alexander.

—Es una casualidad que mi hermano y tú, ya os conocierais —añade Alexander.

—Sí. Yo no sabía que era tu hermano.

—Yo tampoco imaginaba que tú fueras hija de Dolores.

—¿Mi madre también te ha hablado de mí?

—¡Por supuesto! Hace tiempo que no la veo por el tema del trabajo, pero siempre hablaba de ti. La última noticia que tenía es que, estabas en Estocolmo.

—Mi madre habla demasiado. Ella no se imagina que eres mi jefe.

—Creo que, se llevará una grata sorpresa cuando se entere. Sé que ella también me tiene mucho cariño.

—Lo cierto es que, habla muy bien de los dos.

—Es muy querida en nuestra familia. Es una gran persona, y una gran trabajadora. Lástima que no haya podido convencerla para trabajar conmigo.

—¿Tú también le has ofrecido trabajo?

—¿Yo también? ¿Es que alguien más le ha ofrecido trabajo?

—Creo que tu hermano...

—¡Vaya! Parece que habéis hablado mucho.

—Bueno, me contó alguna cosa —Ariadna, prefiere no concretar mucho sobre el tema.

—Tu madre es muy especial para los dos. Cambiando de tema..., ¿preparada para captar a un buen cliente?

—No sé si seré capaz.

—Yo confío en ti. No entiendo por qué tú no haces lo mismo. Tienes un don para la gente. Estoy seguro de que, será una gran noche.

Ari, traga saliva. No entiende por qué Alexander, confía tanto en ella, si apenas se conocen.

Hablan con varias personas. Alexander, permanece a su lado en todo momento, y hace que se sienta cómoda con todo el mundo. Al final, parece que, está en una reunión de amigos.

Cuando han cerrado un par de tratos, Ari se va a por algo de beber. Cuando está a punto de coger una copa de vino, la voz de Lucas atraviesa todos sus sentidos.

—Lo último que imaginaba es que tú, serías la mujer de la que hablaba mi hermano.

—Yo tampoco sabía que él era tu hermano. Ha sido toda una sorpresa.

—Lo sé. ¿Por qué no me has contestado a los mensajes? Tampoco has cogido mis llamadas.

—He estado un poco liada.

—No te creo.

—He estado muy ocupada con el trabajo. Tengo muchas cosas que

aprender.

—Ariadna, sabes que esa no es la verdad. Algo ha ocurrido para que, no me contestes los mensajes. ¿Es por lo que sucedió en el coche?

—¡No! No quiero hablar de eso. Yo lo he olvidado.

—¿Qué lo has olvidado? —Lucas se acerca muy despacio a ella.

—Lucas, en ese coche, no sucedió nada. No te conteste a los mensajes porque no tenemos nada de lo que hablar. Lo paso muy bien contigo, pero creo que lo mejor es que, no volvamos a vernos.

—¿De qué estás hablando? ¿Crees que no sé lo que ocurre entre nosotros?

—Lucas, baja la voz. No quiero que nadie se entere de esto.

—¿Con nadie te refieres a mi hermano?

—Ya te lo he dicho. En ese coche, no sucedió nada. Dejémoslo así.

—Perfecto, Ariadna. No imaginaba que esa fuera a ser tu respuesta —Lucas agacha la cabeza y se marcha de su lado. No entiende por qué no quiere reconocer que en ese coche sí pasó algo. Él lo sintió, y está seguro de que, ella también. ¿Por qué trataba de evitarle? Esa era la pregunta que Lucas, no paraba de hacerse.

Ariadna por su parte, no sabía cómo arreglar la situación. No podía decirle a Lucas lo que de verdad había sentido esa noche, porque eso sería dar un paso hacia atrás.

Tenía que ser fuerte para no caer en las redes de Lucas, y solo había una forma para hacerlo. No olvidar la imagen que vio en el centro comercial.

Su cabeza estaba a punto de estallar, y lo único que necesitaba era salir de allí. Olvidarse de Lucas, y de todo lo que había sucedido entre ellos hasta ahora. No podía volver a tener un encuentro con él, y por ello, decidió acercarse a Alexander, y decirle que se encontraba indispuesta. Él se ofreció a

acompañarla, pero ella, prefirió tomar un taxi. Se despidieron y se marcharon a esperar el taxi.

Estando fuera, Lucas volvió a aparecer.

—¿Te marchas ya? —preguntó él—.

—Sí.

—Te llevo. Ven.

—No, Lucas. Esperaré al taxi.

—No seas tan cabezota. Si tienes tan claro que entre nosotros no pasa nada, puedo llevarte a casa sin problemas. «¡Maldito!», piensa ella.

—Está bien.

Ambos van hacia el coche de Lucas. Ariadna se sienta nerviosa, y comienza a jugar con el bolso. Lucas arranca el coche, y pregunta:

—¿Nerviosa?

—En absoluto.

—¿Por qué te has marchado tan pronto?

—Me duele un poco la cabeza. Quiero descansar.

—¿Cómo te va con mi hermano?

—Bien. Desde el primer momento se ha portado muy bien conmigo. Confía en mí, y eso es muy importante.

—Me alegra saber que trabajas para él, aunque me hubiera gustado que lo hicieras conmigo. Sé que te va a cuidar. Es un buen jefe.

—No le conozco mucho, pero sé que llevas razón. Todos me han recibido

muy bien.

Cinco minutos más tarde, están delante de la casa de Ari. Lucas apaga el motor, y la mira.

—Gracias por traerme, Lucas.

—No tienes que dármelas. No iba a dejar que te vinieras sola.

—Me voy ya. Gracias —Cuando Ariadna está a punto de salir del coche, Lucas coge su brazo suavemente.

—Espera, Ariadna. Quiero que hablemos.

—Lucas...

—Aceptaré que no me digas nada, pero por favor, escúchame lo que te tengo que decir —ella asiente con la cabeza—. Desde que te conocí, no he podido parar de pensar en ti. Me encanta estar a tu lado, hablar, reírnos. Tenemos muchas cosas en común. El día del coche, estaba a punto de besarte, Ariadna, pero no lo hice porque tú te fuiste. Desde entonces, no hemos vuelto a hablar, y eso es algo que me preocupa. Cuando decidí arriesgarme es porque creí que por tu parte también había algo, o eso es lo que yo había sentido cuando estaba contigo.

Cuando esta noche me has dicho que en ese coche no pasó nada, me has partido en dos. ¿De verdad no hay nada entre nosotros? ¿Soy el único que siente esto?

Puedo entender que tengas miedo, pero solo te pido que seas sincera conmigo. Si de verdad no hay nada, dímelo mirándome a los ojos. No necesito nada más.

—Lucas, las cosas no son tan fáciles. Yo quiero estar sola. No necesito amor en mi vida.

—¿Por qué no me das una oportunidad? Puedo convencerte de que merece la pena.

—Lucas, me caes muy bien, y me gustas, pero no me gustan cuando juegan a dos bandas.

—¿De qué estás hablando?

—Te vi en el centro comercial con una chica el domingo, y parecías muy enamorado.

—¿Enamorado? —Lucas no puede parar de reír.

—Sinceramente, no le veo la gracia.

—Yo sí. ¿Celosa?

—¡No seas absurdo, Lucas! Casi no nos conocemos. ¿Por qué iba a estar celosa?

—Porque lo veo en tu mirada. Yo no tengo novia, ni tengo nada con nadie. Si lo tuviera, jamás hubiera puesto mis ojos en ti —él coge su cara con las dos manos—. Me gustas, Ariadna, mucho. Solo te pido que lo intentemos. Dime que lo pensarás.

—Lucas, yo... —él le da un tierno beso en la mejilla.

—Piénsalo. Te invito a cenar el viernes, y hablamos. ¿Te parece? No acepto un no.

—Está bien. Nos vemos el viernes, pero...

—Shhh..., descansa, preciosa. Sueña conmigo —Ariadna sonríe y sale del coche.

Cuando llega a su habitación, sonríe sin parar. Se tumba en la cama, y comienza a pensar en las palabras de Lucas.

Nada ha salido como ella tenía pensado. Estaba segura de que le diría que la muchacha con la que le vio el otro día, era su novia, pero no.

«¿Qué iba a pasar ahora? ¿Qué se supone que tenía que hacer? Lucas

*me gusta mucho, pero no estoy preparada para tener nada que ver con el amor. No quiero sufrir», piensa.*

La cabeza de Ariadna era una olla a punto de explotar. A Lucas, había que sumarle también que, Alexander era su hermano.

Esa había sido la sorpresa de la noche. Una locura sin más.

Ariadna no era la única que tenía la cabeza llena de pensamientos, también los dos hermanos.

Alexander, por su parte, solo podía pensar en lo preciosa que se veía esta noche, y en cómo había conseguido meterse a todo el mundo en el bolsillo.

Esa chica se había metido en su cabeza, pero también en su corazón. Sabía que no iba a ser capaz de cumplir esa promesa, porque había entendido que la mujer de su vida, había llegado.

Lo que tantos años había estado esperando, estaba tan cerca, que no quería que se le escapara.

Los pensamientos de Lucas, no eran muy distintos.

Había vuelto a rozar su piel de nuevo, y le hubiera encantado besarla, pero sabía que tenía que esperar. Quería conquistarla despacio. No quería perderla por ir deprisa.

No podía dejar de pensar en su sonrisa, en lo preciosa que se veía con ese traje, y el pelo suelto. Lo que tantos años había estado esperando, había llegado a su vida, y no iba a dejar que se escapara.

## Tres corazones

Al día siguiente, los tres se despiertan con una sonrisa. La fiesta de anoche, les había dejado a todos con un buen sabor de boca.

Alexander, estaba deseando volver a ver a Ariadna, mientras que ella, estaba deseando volver a ver a Lucas. Un trío de corazones demasiado peligroso.

Cuando Ariadna sale de la ducha, y se pone a vestirse, su madre entra en la habitación.

—Hola, cariño. ¿Cómo te fue anoche?

—Hola, mamá. Todo fue muy bien. Hicimos varios tratos con clientes.

—Me alegra saberlo, cariño. Estaba segura de que iría bien.

—Tengo algo que contarte, mamá.

—Dime.

—¿Te acuerdas de Lucas?

—¡Claro, cariño!

—Tú conoces a su hermano, ¿verdad?

—Sí. Ya te dije que conozco a toda la familia. Alexander es un chico estupendo. No es fácil elegir entre uno y otro, pero ¿qué tiene que ver eso contigo, cariño?

—Alexander es mi jefe, mamá.

—¿Tu jefe? —Dolores no da crédito a lo que está oyendo.

—Sí. Yo estoy igual de sorprendida que tú. Lucas me había hablado de su hermano, pero jamás me hubiera imaginado que, fuera Alexander. Ayer él nos presentó, y Lucas también se quedó sorprendido. El mundo es demasiado pequeño.

—¿No puedo creerlo, hija! ¿Alexander sabía algo?

—Tampoco.

—¿Por qué siento que te preocupa algo, cariño?

—Hay algo que no te he contado, mamá. Lucas..., Lucas y yo..., no sé cómo decirte esto. Lucas...

—A Lucas le gustas.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso?

—Tengo ojos en la cara, hija. He visto cómo habla de ti, y su mirada lo decía todo. Estaba esperando a que él te dijera algo.

—Cuando quedamos para cenar, él..., iba a besarme, pero yo salí huyendo. No quiero volver a caer en las garras de un hombre, mamá. Estoy muy bien cómo estoy.

—¿Garras? Lucas tiene un corazón de oro. No eres capaz de imaginarlo. Puedo entender que tengas miedo, cielo, pero no todas las historias son iguales, como tampoco todos los hombres lo son.

Si Lucas se ha acercado a ti, créeme que lo ha hecho porque de verdad le interesas.

—¿Qué debo hacer, entonces?

—Dale una oportunidad. No solo a él, también a ti. Llevas muchos años huyendo del amor, ya es hora de que dejes que tu corazón decida. Estoy segura de que él te cuidará.

—No quiero precipitarme.

—No lo hagas. Ves despacio, y a tu ritmo.

—Tengo que irme, mamá, o llegaré tarde a trabajar.

—¿Te preparo un café?

—Vale. Uno rápido.

Ariadna termina de arreglarse para ir a trabajar. Cuando termina, sale a por el café y se marcha al trabajo. Por el camino, no deja de pensar en las palabras de su madre.

Quizás haya sido demasiado dura con Lucas. Él se ha portado muy bien con ella, y sabe que se lo debe.

Cuando llega a la oficina, se encuentra con Alexander en la puerta.

—Buenos días, Ariadna. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días. Mucho mejor.

—Quiero darte las gracias por lo de ayer.

—¿Las gracias? Yo no hice nada.

—¿Cómo qué no? Te metiste a todo el mundo en el bolsillo, y conseguiste dos negocios muy ventajosos para la empresa. ¿De verdad sigues creyendo que no hiciste nada?

Quiero que cenes conmigo mañana. ¿Qué me dices?

—No tienes que darme las gracias por nada, Alexander. Tú confiaste en mí, y yo intenté hacerlo lo mejor posible.

Lo de la cena no puede ser. Ya tengo un compromiso, pero te lo agradezco.

—¿Lo dejamos para otro día?

—¡Claro! Me voy a trabajar. Tengo mucho por hacer.

—Nos vemos más tarde.

Ariadna se centra en el trabajo toda la mañana, y cuando llega la hora de comer, decide escribir a Lucas.

ARIADNA\_14:10

*Hola. ¿Cómo estás? Quería pedirte perdón por cómo me he comportado contigo estos días. Estaba enfadada por lo que vi el domingo. No me gustan esas cosas. No he tenido una buena experiencia, y creo que deberíamos de ir despacio. Espero que lo entiendas. Un beso.*

LUCAS\_14:15

*Hola, preciosa. Yo estoy trabajando, y pensando mucho en ti. Ayer estabas preciosa. No tienes que pedirme perdón por nada. Siento lo que viste el domingo, pero te aseguro que entre nosotros no hay nada. Eso se acabó hace tiempo. Y respecto a lo de ir despacio, iremos al ritmo que tú quieras. Lo único que quiero es estar a tu lado, y que me des una oportunidad.*

ARIADNA\_14:20

*¿Nos vemos mañana, entonces?*

LUCAS\_14:22

*Por supuesto. Mañana te escribo para concretar la hora. Estoy deseando cenar contigo.*

Ariadna no contesta, pero no para de sonreír como una idiota. Hacía mucho tiempo que nadie le gustaba como ahora lo hace Lucas.

Su corazón había estado congelado mucho tiempo, pero ahora, de nuevo, comenzaba a latir.

Estaba muerta de miedo, pero sabía que lo que empezaba a sentir por Lucas, merecía la pena.

Al día siguiente, Alexander pasa todo el día fuera de la oficina, y Ariadna y él, no se ven, pero eso no hace que él no piense en ella. La imagen de ella con el pelo suelto, ronda su cabeza desde aquella noche, y solo piensa en cómo hacer las cosas para no faltar a su promesa.

Por el contrario, Lucas está feliz con la cita de esta noche. No ha dejado de pensar en ella. Irá despacio cómo le prometió.

Cuando Ariadna sale de trabajar, se va directamente a casa para arreglarse. Mantiene una conversación con su madre que, le anima con lo de Lucas.

Hoy vuelve a dejar su pelo suelto. Se pone unos vaqueros, y una camisa blanca, maquilla un poco su rostro, y coge su bolso.

Lucas la recogerá en diez minutos, pero ella no aguanta la espera, y prefiere bajar.

Dolores le desea suerte. Hacía mucho tiempo que, no la veía tan feliz. Los años que su hija ha pasado en Estocolmo han hecho de ella una mujer dura, desconfiada, y alejada del amor, pero sabe que Lucas puede traer de vuelta a esa niña risueña que años atrás perdió.

Confía en que Lucas haga que su hija vuelva a confiar en el amor, y que consiga la felicidad que durante tanto tiempo ha estado esperando.

Lucas llega para recoger a Ariadna y ambos se reciben con una sonrisa.

—Vuelves a estar preciosa. Me encanta verte así.

—¿Así, cómo?

—Llena de sonrisas, y con el pelo suelto.

—Gracias. Lo cierto es que, hace mucho tiempo que nadie me hacía sonreír de esta manera.

—¿Eso quiere decir que soy el motivo de tus sonrisas?

—Puede ser.

—Soy un afortunado —ella vuelve a ruborizarse.

—Aunque, creo que no soy el único al que le gustas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nadie te quitaba ojo en la fiesta. Creo que te desenvuelves muy bien en ese ambiente.

—No estoy acostumbrada a ese tipo de fiestas.

—Creo que mi hermano no opina lo mismo. Estaba muy contento contigo.

—Sí. Dice que hice un buen trabajo, pero no creo que sea para tanto.

—¿Por qué tanta desconfianza? Lo hiciste genial.

—No es desconfianza. Me ha costado mucho convertirme en lo que soy, y no me gustaría perderlo. Mejor hablemos de otra cosa. ¿Cómo ha ido tu semana?

—Después de la presentación, mucho mejor. Han sido semanas de caos. Necesito un poco de desconexión —Ariadna acaricia su cara en un gesto de cariño—. —Pareces cansado.

—Lo estoy, pero si vas a acariciarme así, seguiré estándolo.

—¡Qué tonto eres! —la sonrisa vuelve a iluminar su cara.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta cuándo sonríes?

—No, creo que no.

—Deberías de hacerlo más a menudo.

La cena se convierte en una cita muy romántica, llena de caricias,

sonrisas, y halagos por parte de los dos.

Sin poder evitarlo, sus manos se buscan y se entrelazan.

Lo que empiezan a sentir el uno por el otro, es mucho más fuerte de lo que ellos pueden llegar a imaginar.

Lucas, lleva a Ariadna a casa. Ella no ha parado de sonreír en toda la noche. La compañía de él, le hace sentirse ella de nuevo, sin corazas.

—Ha sido una noche maravillosa —dice Lucas.

—Para mí también lo ha sido. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajada. Contigo vuelvo a sentirme yo.

—Me alegra saber eso —Lucas coge la mano de ella, y la acaricia suavemente. Se acerca muy despacio, sus manos recogen su pelo por detrás de su oreja, y con la yema de sus dedos, acaricia sus mejillas, mientras que, sus labios se acercan lentamente.

Ella, un tanto torpe, como si fuera su primer beso, choca con la nariz de Lucas. Algo que provoca una sonrisa en ambos. Solo hace falta un segundo intento para que todo se vuelva perfecto.

Un beso tierno, pone en funcionamiento sentimientos que, Ariadna creía olvidados. Sus heridas del pasado, han quedado atrás, y sabe que, Lucas, puede hacerle olvidar todo eso que le provocó tanto dolor.

Ambos, tienen el deseo de que, esto que sienten, perdure para siempre.

Cuando sus labios se separan, Lucas mira los ojos de Ari que, esa noche, brillan más que nunca. El dolor de sus ojos ha cambiado notablemente, y a través de ellos, puede ver una niña risueña, esa que, por alguna razón Ari, no para de esconder.

Sus labios se separan, pero sus manos siguen enlazadas.

—¿Dónde has estado escondida todo este tiempo?

—¿En Estocolmo? —ambos sonríen.

—No vuelvas a irte. No ahora que, te he conocido.

—No pretendo marcharme.

—Vente a trabajar conmigo. Pasaríamos más tiempo juntos.

—No, Lucas. No puedo hacerle eso a tu hermano. Además, una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Mi hermano tiene mucha suerte.

—Creo que tú también eres muy afortunado —sonríe pícaramente.

—Puede que mucho más que él. ¿Sabes? No me apetece separarme de ti.

—A mí tampoco, pero es tarde y tenemos que dormir.

—¿Nos veremos mañana? No creo que pueda estar mucho tiempo sin verte.

—No tengo ningún plan. Quizás, si me propones algo interesante...

—Una comida, un buen paseo, una cena, millones de besos... —acaricia su cara con la yema de los dedos.

—Creo que tu plan me ha convencido. Sobre todo, lo último que has dicho —Ahora es Ariadna la que se acerca a él, coge su cara con las dos manos, y le da un beso fugaz en los labios.

—Estás complicando las cosas para que me vaya.

—Está bien. Será mejor que me vaya. Hablamos mañana.

—No lo dudes, preciosa.

Ariadna se baja del coche, y abre la puerta de su casa. Lo hace, como viene siendo habitual, con su dulce sonrisa.

Po suerte, su madre no está levantada, así que, se libra del interrogatorio, por lo menos por hoy.

La noche con Lucas, ha sido fantástica. Con él, todo lo es. Desde que se conocieron, siempre la ha tratado de una manera especial, y cariñosa.

Lo que nunca pensó es que, fuera a encontrar el amor así. Ella no le había dejado paso en todos estos años, y ahora, sin apenas darse cuenta, se encontraba perdida por él. Con el miedo de que, las cosas volvieran a torcerse, y el sufrimiento, volviera a su vida de nuevo, pero esta vez, Ari, no quería que sus pensamientos, arruinaran lo que comenzaba a sentir. No iba a permitirlo.

Esa noche, apenas pudo dormir, porque estaba extasiada con todo lo que había sucedido esa noche. Lucas ocupaba sus pensamientos, y eso, le recordaba que volvía a ser feliz.

## Decisiones equivocadas

La relación entre Ariadna y Lucas, iba viento en popa. Después de pasar un fin de semana sin apenas separarse el uno del otro, la rutina vuelve a sus vidas, y ambos vuelven a sus respectivos trabajos.

Lucas, tiene programado un viaje para dentro de quince días a París, y solo piensa en una cosa: llevarse a Ariadna con él, pero quiere que todo sea una sorpresa, solo que, tendrá que contar con la ayuda de Dolores para engañarla, y que no sospeche nada de sus planes.

Por otro lado, Alexander, abrumado por tanto trabajo, y por Ari, a la que no puede quitarse de la cabeza, decide invitarla a comer de nuevo. Ella, después de darle tantas negativas, decide aceptar la invitación. No quiere ser grosera con él.

Alexander, que, lleva días sin poder dormir pensando en cómo decirle las cosas a Ariadna, cree que lo mejor es ser sincero, y contarle sus sentimientos.

Cuando está a punto de hacerlo, Ariadna, le cuenta que está conociendo a alguien, y que, después de mucho tiempo, se siente feliz de nuevo. El corazón de Alexander, se parte en dos. No esperaba esa confesión por parte de ella, pero no puede hacer otra cosa que alegrarse, y tratar de que, no se le note la tristeza que le acompaña por la noticia.

Alexander, se siente bien en la compañía de Ariadna, a pesar de que ella le ha confesado estar con otra persona, eso no quiere decir que le haya dejado de importar.

Ella, es una mujer muy especial. De esas que solo aparecen una vez en la vida de uno, y que para él, había sido demasiado tarde.

Los días siguientes, fueron un verdadero horror para él. Trataba de despejarse en el trabajo, pero eso, se había vuelto una tarea imposible.

No sabía si ver a Ariadna, le dolía, o por el contrario, lo necesitaba.

Pensaba en la posibilidad de que, esa relación que ella había empezado se truncara, pero por la sonrisa que se dibujaba en ella, sabía que eso no iba a suceder.

Unos días más tarde, Alexander se encuentra con su hermano para comer.

—¿Qué ocurre? Llevas varias semanas desaparecido. Mamá está preocupada porque no te ve —dice Lucas.

—No pasa nada, Lucas. Estoy un poco cansado, nada más.

—¿De verdad me crees tan tonto para creerme eso?

—A ti no puedo engañarte. Hace algunos días que no estoy bien.

—¿Estás enfermo? ¿Algún problema en el trabajo?

—Podría contestarte que sí a ambas preguntas, pero quizás, no sea lo acertado. Lucas, me he enamorado, y sí, es un problema en el trabajo. Me duele tener que verla todos los días, y saber que, no tengo ninguna posibilidad con ella. Me mata por dentro.

—¿De qué estás hablando?

—¿Te acuerdas de lo que te conté de Ariadna? Creí que sería algo pasajero, y que la olvidaría, pero me equivoqué. Hace unas semanas, me dijo que estaba conociendo a alguien, y eso, me partió el corazón en mil pedazos.

No pensé que lo que sentía por ella fuera tan fuerte, pero aquí estoy, como un idiota. Enamorado de una mujer que no me ve, hermano —en las palabras de Alexander, se aprecia el dolor.

—¡No puedo creer lo que me estás diciendo! ¿Tú, enamorado de alguien del trabajo?

—Lo sé, lo sé. Sé que dije que nunca sucedería, pero ha pasado. No he podido evitarlo.

—¿Y ella lo sabe?

—No. Cuando estaba a punto de confesárselo, me dijo que estaba conociendo a alguien. No te imaginas la cara de idiota que se me quedó.

—Alexander, pero casi no la conoces.

—¿Te acuerdas cuándo me hablaste de esa chica que habías conocido?

Piensa por un momento, que fuera ella, y que tú estuvieras en mi situación

—Ariadna, apareció en el pensamiento de Lucas, y pensó que, la tristeza de su hermano, era por su culpa. Todavía no había sido capaz de contarle que, la chica que había conocido era Ariadna. Pensó que él ya se habría olvidado de ella, pero con lo que le acababa de confesar, había demostrado que para Alexander no era una mujer más.

—Entiendo lo que me dices, pero no puedes echar tu vida por la borda por eso. Estoy seguro de que, encontrarás a la mujer que te haga suspirar de nuevo. Tú siempre has tenido suerte en ese tema.

—Lucas, no te estoy hablando de historias de una noche, de lo que te hablo es de, esa persona que solo se cruza en tu camino una vez. Esa es Ariadna.

—¿Y qué más puedes hacer? Me has dicho que ella está con otro.

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que, voy a volverme loco. Cuando llega el lunes, me torturo porque la veo por la oficina, pero cuando llega el fin de semana, y sé que no la tendré cerca, la tristeza se apodera de mí. Sé que casi no la conozco, y que te parecerá una locura, pero me he enamorado de esa mujer, Lucas. Lo que siento en este momento, no lo había sentido nunca.

—No sé qué decirte, hermano. No esperaba una confesión así por tu parte.

—Lo sé. Siento amargarte con mis problemas. Dime mejor cómo te va con esa chica que habías conocido. Necesito saber que, por lo menos, te va mejor que a mí.

—Nos estamos conociendo, pero parece que la cosa va muy bien.

—¿A eso se debe tu sonrisita tonta? —se burla Alexander.

—Es posible. Es una mujer maravillosa. Diferente a todo lo que había

conocido hasta ahora.

—Eso es genial.

—¿Y cuándo será la presentación?

—Creo que pronto.

—Me alegro mucho por ti, hermano. Espero que esta, sea la mujer definitiva. Te mereces ser feliz.

—Gracias. Espero que así sea.

La comida de los hermanos, se vuelve animada. Parece que estar con Lucas, hace que Alexander, se olvide un poco de Ariadna.

Por el contrario, Lucas, no puede pensar en otra cosa que no sea Ariadna y su hermano.

No puede creer que habiendo tantas mujeres en el mundo, se hayan tenido que cruzar los dos con la misma.

Le hubiera gustado decirle que, era él el hombre que está con Ariadna, pero destruir el corazón de su hermano, no entra en sus planes.

Quizás, lo mejor era hablar con Ariadna, y tratar de buscar una solución entre los dos, pero eso no iba a suceder. La vida tenía otros planes para los tres.

Durante toda la semana, Lucas, intentó esquivar a Ariadna, diciéndole que tenía mucho trabajo, y que no podían verse, pero ella, que era perro viejo en las mentiras, se dio cuenta de que Lucas, le estaba ocultando algo, y no iba a dejar pasar más tiempo.

Un martes cualquiera, le pidió a Alexander salir antes a comer, y recompensarlo saliendo más tarde, algo a lo que él se negó. No quería que echara horas extras. No si no había una causa justificada.

Antes de las dos, estaba parada en frente de la oficina de Lucas, nerviosa, y un poco melancólica, por no saber con qué se encontraría.

Cuando subió, pudo ver a Lucas entre papeles, y se dio cuenta de que, no

había nada por lo que preocuparse, que él en verdad estaba saturado de trabajo.

De todas formas, ya había llegado hasta allí, y no quedaba otra cosa que entrar.

Cuando Lucas la vio en la puerta, se sorprendió, y salió en su búsqueda.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has dicho que venías?

—Pensé que estarías ocupado, y solo he pasado a saludarte. ¿Molesto?

—Por supuesto que no. Pasa, por favor —cuando lo hace, Lucas la besa con dulzura—.

—Parece que te alegras de verme.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? He estado saturado de trabajo, pero no quiere decir que, no te haya echado de menos.

—Ya imagino. Debes de estar muy ocupado para ni siquiera haberme mandado un mensaje.

—Lo sé. No me he comportado demasiado bien, pero está siendo una semana decisiva, y tú... —se acerca despacio a ella, le roza cariñosamente el hombro, y apoya los labios en su cuello. Ella suspira, mientras que su respiración se acelera.

—¿Yo qué? —pregunta con un hilo de voz.

—Tú me distraes demasiado. No puedo pensar en otra cosa durante el día, y si te veo, no puedo despegarme de ti. ¿Crees que así puedo trabajar?

—Bueno, también hace falta un poco de distracción. No todo es trabajo —dice ella con la voz muy sensual, y acerca sus labios para darle un medio beso—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también, preciosa. Quiero tener tiempo para poder estar a tu lado, de verdad —cuando Lucas está a punto de besar sus labios, alguien interrumpe

en la oficina.

—Amor, ya he terminado con todo. Cuando quieras, podemos irnos a comer —Lucas se separa rápidamente de Ariadna. La chica se disculpa por entrar así, y vuelve a irse, cerrando la puerta de nuevo.

—Ariadna, yo..., no quiero que...

—Tranquilo, no voy a formar ninguno espectáculo. Ese no es mi estilo. No tienes de que preocuparte. Yo había venido a hablar contigo porque te notaba raro, pero supongo que ya he encontrado el motivo.

—¿De qué estás hablando?

—De que era demasiado bonito para ser verdad. De eso. Pero, no te preocupes. Estoy acostumbrada a este tipo de cosas. No te formaré una película, ni tampoco te agobiaré con mensajes.

Gracias, Lucas.

—¿Por qué?

—Por haber destrozado mi corazón de nuevo.

—Ariadna, no...

—No digas nada, Lucas. No hace falta. Me marcho. No tengo nada más que hacer aquí —Ariadna coge la puerta y se marcha, haciendo oídos sordos a las palabras de Lucas, y a sus intentos porque vuelva de nuevo al despacho.

Sale fuerte, pero en el mismo momento en que entra al ascensor, las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas. Esas que hacía tanto tiempo que llevaba guardadas, y que había jurado no volver a derramar por ningún hombre.

Había faltado a su promesa.

Lucas, por su parte, se había quedado destrozado. La aparición de Nicole en su oficina no había sido premeditada, y mucho menos, tenía nada con ella. Solo era una compañera de trabajo, en realidad, era mucho más que eso, era

la amiga que escuchaba todas sus penas. Incluso él, le había hablado de Ariadna. Hoy, habían quedado en comer juntos, pero nunca pensó que entraría así en la oficina.

Nicole, era muy cariñosa, y siempre llamaba a todo el mundo amor. Algo que por supuesto, no le había dado tiempo a explicarle a Ariadna.

Ahora ella pensaría que él estar toda la semana dándole largas, sería porque estaba con ella. «¡Mierda! Tengo que solucionarlo», piensa.

Cuando estaba a punto de salir de la oficina, aparece Nicole.

—Lucas, yo..., lo siento. Era ella, ¿verdad? —Lucas asiente con la cabeza.

—No te preocupes, Nicole.

—¡Cómo no me voy a preocupar! He entrado en tu despacho llamándote amor con tu novia delante, y diciéndote que estaba lista para comer. Si yo hubiera sido ella, me hubiera tirado a tu cuello, pero desde fuera no se ha escuchado ni un solo grito.

—Ella no es como las demás, Nicole. Ariadna es diferente, ya te lo dije.

—Lo siento mucho. ¿Crees que puedo hacer algo para arreglarlo?

—No tienes que hacer nada. No ha sido culpa tuya. Iré a buscarla. Solo espero que me escuche. Nos vemos luego.

Lucas sale de la oficina, y coge su coche. Mira el reloj, y piensa que Ariadna ya debe de estar de camino al trabajo. Solo espera llegar antes que ella, porque con ella dentro, será mucho más complicado hablar con ella.

Una Ariadna abatida, entra en la oficina. Por la hora que es, sabe que Alexander ya se habrá ido a comer, pero se equivoca.

—¿Ariadna? ¿Ya has vuelto?

—Sí. No sabía que estabas aquí.

—Me iba a comer ahora mismo. ¿Estás bien? ¿Has llorado? —Alexander acaricia su mejilla.

—Todo está bien, de verdad. Vete a comer.

—¿De verdad crees que me voy a ir dejándote así? No sé qué te habrá pasado, pero sea lo que sea, no merece que llores. Vamos, te invito a comer.

—No, Alexander, no hace falta. Prefiero quedarme aquí. Adelantaré trabajo pendiente.

—¡Por supuesto que no! Si no quieres hablar del tema, lo entenderé, pero te vienes conmigo.

Cuando están a punto de irse, Lucas aparece, y se queda paralizado al ver la escena.

—¡Hermanito! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has dicho que venías?  
—Lucas no puede quitar sus ojos de Ariadna. Sus ojos están tristes, y apagados, pero además, están húmedos, y sabe que ha llorado. Ella le mira con tristeza.

—Hola. En realidad, pasaba por aquí, y quería verte. ¿Os vais?

—Sí. Ariadna parece que ha tenido un mal día y la iba a invitar a comer.

—¿Estás bien? —pregunta Lucas—.

—Sí. Todo pasa.

—¿Tienes plan para comer? Puedes venirte con nosotros si quieres.

—No. Creo que iré a ver a mamá, y luego haré lo que tengo que hacer por aquí.

—Como quieras. ¿Nos vamos, Ariadna?

—Sí.

—Que lo paséis bien —dice Lucas.

Alexander y Ariadna se van hacia el ascensor, mientras que Lucas se queda de pie, tratando de disimular con el móvil.

Quizás, debería de haber ido con ellos. Puede que su hermano aproveche para tirar de nuevo la caña con Ari, y eso le mata por dentro. Sabe que él mismo le ha echado en brazos de él

Durante toda la semana ha estado pensando en qué hacer con Ariadna para no hacerle daño a su hermano, y al final, todo se ha dado la vuelta.

Ahora es él, quién se ha quedado sin ella.

Lucas, solo puede pensar en los ojos de Ariadna. Llenos de tristeza. Había perdido su sonrisa.

Ariadna, sabía que Lucas, se había quedado destrozado al verla con Alexander, pero ese mismo sentimiento había tenido ella cuando esa mujer había entrado en la oficina para recordarle que se iban a comer.

Alexander, siempre era muy atento con ella, y eso le agradaba. Pero a pesar de que él estaba tratando de que no pensara en nada en la comida, la realidad era otra. No podía dejar a un lado todo lo que había pasado con Lucas, y la tristeza que sentía por haberse visto engañada de nuevo.

El amor, de nuevo, había jugado con ella de la peor manera. Cuando estaba dispuesta a darse una oportunidad otra vez, todo, se desmontaba.

Una hora más tarde, volvían a la oficina. Alexander, le había dicho que podía irse a casa, pero ella prefería quedarse a trabajar. Necesitaba distraerse, y en casa, no lo conseguiría.

Lo que no esperaba Ariadna, es que, Lucas, volviera a aparecer. Le vio dirigirse a la oficina de su hermano, y se desataron todas sus alarmas. «¿A qué había venido de nuevo? ¿Le contaría a Alexander la verdad?», pensó.

Mientras tanto en la oficina de Alexander...

—Hola, hermano. ¿De nuevo por aquí?

—Sí. He terminado con lo que tenía que hacer, y quería pasarme.

—¿Todo bien? Tienes mala cara.

—Cansancio. Mucho trabajo esta semana. Oye, ¿crees que podría hablar con Ariadna? Necesito preguntarle unas cosas de Dolores.

—Sí. Está en su oficina. ¿Ocurre algo? Tú siempre has llamado a Dolores.

—Lo sé, pero ya que estoy aquí, prefiero que se lo diga.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no hace. En cuanto que hable con ella, me voy. ¿Nos vemos el domingo en casa de mamá?

—¡Claro! Allí estaré.

—Te veo más animado que días atrás. ¿Ha ocurrido algo que no sepa?  
—pregunta Lucas.

—No. En realidad, creo que puede pasar.

—No te entiendo.

—Creo que las cosas entre Ariadna y ese chico, no van demasiado bien. Hoy ella ha estado llorando, y aunque en la comida no ha querido decirme nada, estoy seguro de que estaba así por eso.

—No entiendo esa obsesión tuya por esa chica. No puedes alegrarte de las cosas malas que le pasen.

—¡Claro que no me alegro, Lucas! Pero, si ellos no están juntos, entonces, yo tendré vía libre para intentar algo con ella.

—¿No has pensado en lo que siente, o piensa ella?

—¿A qué viene eso ahora? Se supone que eres mi hermano. Deberías de apoyarme.

—Lo soy, pero no puedo alegrarme de las cosas malas que le pasan a la pobre muchacha, solo porque eso sea tu beneficio.

—No sé qué te pasa últimamente, pero no pareces tú.

—No quiero discutir, Alexander. No quiero meterme en tu vida. Tú sabrás lo que haces, eso no me concierne a mí. Te dejo. Tengo muchas cosas por hacer todavía.

Lucas sale de la oficina enfadado por las palabras que su hermano le ha dicho. Quizás si él supiera quién es la persona que está con Ariadna, no diría eso.

Cuando llega a la puerta de Ariadna, llama suavemente.

—¿Puedo pasar?

—Pasa.

—Necesito hablar contigo.

—Creía que había quedado claro que no quería hablar contigo.

—Sí, pero yo necesito hacerlo. Si después de escucharme, sigues pensando lo mismo, saldré de tu vida para siempre.

—Habla.

—La chica que entró en la oficina, se llama Nicole, y es una compañera de trabajo. En realidad, es una amiga. Ella le dice amor a todo el mundo, no es porque sea yo.

Antes de que tú llegaras, habíamos quedado para comer porque estaba agobiado.

No hay nada entre nosotros. Solo somos buenos amigos. Tú eres la única mujer en mi vida en este momento, y no pienso en nada más.

No me gusta que pienses de mí cosas que no son.

—Si no hay nada de malo, entonces, ¿por qué no me has llamado en toda la semana? No has respondido ni a uno de mis mensajes. Pensaba que el intentarlo, iba a ser por parte de los dos, no que jugaba sola en la liga.

—Lo siento. No he tenido una buena semana. Sé que no es excusa, pero necesitaba concentrarme en el trabajo, nena. Siento no haberte escrito, ni haberte llamado.

—No tienes que disculparte. Sé que no estás diciendo la verdad, Lucas. Puedo oler la mentira de lejos, aunque no te lo creas.

—¿Por qué dices eso?

—Me han mentido muchas veces, y sé que tú, lo estás haciendo en este momento. Podrías ahorrarte esto. No necesito que me regales los oídos.

—¡Joder, Ariadna! Ha sido una semana de mierda para mí. ¿No puedes entender eso?

—Sí, pero no ha sido por el trabajo, y tú también lo sabes. ¿Qué esperas que te diga? ¿Qué te creo? ¡No, Lucas!

Márchate. Tú y yo, no tenemos nada más de que hablar. ¿Conoces la frase de..., fue bonito mientras duró?

—¿De verdad quieres acabar con lo nuestro?

—Sí. No necesito más mentiras en mi vida.

—Está bien. No te molestaré más. Espero que nunca te arrepientas de esto.

—Espero que algún día tú, seas sincero contigo mismo, y admitas que todo se fue al traste por tu culpa, y no por la mía. Los dos sabemos que algo ha pasado, pero si prefieres omitirlo, perfecto. Te respeto, pero conmigo no cuentas para seguir este camino.

—Algún día lo entenderás, ya lo verás —Lucas se marcha de allí abatido ante la atenta mirada de su hermano que, no entiende el motivo de la discusión con Ariadna.

Lucas había estado a un paso de contarle toda la verdad, pero, ¿qué hubiera ganado? ¿Un enfrentamiento con su hermano? ¿Qué Ariadna perdiera su trabajo?

No. Todo era mejor así. No quería ver a su hermano sufriendo, prefería pasar por eso él.

Cuando Alexander supo que su hermano se había marchado, se acercó al despacho de Ariadna.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó él.

—Sí.

—¿Qué ha pasado con mi hermano? Parece que se ha ido enfadado.

—Nada. Solo estábamos discutiendo sobre unos temas de la presentación del otro día.

—¿Habláis de eso?

—¿De qué íbamos a hablar él y yo?

—Tienes razón. Te dejo. Solo quería saber si pasaba algo, pero al saber que no, me quedo más tranquilo. Si necesitas algo, estoy en mi despacho.

—Gracias.

A Alexander, no le cuadraba nada de lo que Ariadna acababa de contarle. «¿Qué tramaban esos dos?», pensó él.

Lucas le había dicho que iba a preguntarle una cosa de Dolores, y ella por el contrario que, habían discutido sobre un tema de la presentación, pero Alexander sabía que Lucas jamás discutiría con ninguno de sus empleados. Antes, hablaría con él.

Además, Ariadna, parecía nerviosa cuando se lo decía.

No sabía qué ocurría entre esos dos, pero lo averiguaría. De eso estaba seguro.

Ariadna, no podía dejar de pensar en su conversación con Lucas. Él había ido hasta allí, sabiendo que su hermano estaría en la oficina. Quería creer que le estaba diciendo la verdad, pero ella solo podía ver mentira en sus ojos. Algo que había detestado toda la vida.

No entendía las razones que tenía para no contarle la verdad. «¿Qué sería eso que le estaba ocultando?», pensó.

Los tres habían entrado en un juego complicado, pero silencioso.

Alexander no se imagina que su hermano está enamorada de Ariadna, al igual que ella tampoco.

Se avecinan grandes problemas para los tres.

## Secretos

Ariadna, no se olvidaba de Lucas. Pero su experiencia, le decía que era mejor alejarse de él.

Durante días, Alexander, se había mostrado atento con ella. Incluso, en alguna ocasión, habían desayunado o comido juntos, pero lo que no esperaba, era la declaración que este, le iba a hacer.

Un día comiendo Ariadna y Alexander...

—Ariadna, quiero contarte algo que llevo tiempo callando —dijo él.

—Me estás asustando. ¿Ocurre algo?

—Lo cierto es que sí. Desde que entraste en la oficina por primera vez, supe que eras alguien especial. Una persona distinta a todas las que había conocido anteriormente.

De un momento a otro, te metiste en mi cabeza, y en mi corazón. Supe que, no te irías de ahí tan fácilmente.

»Hace años, le hice una promesa a mi padre, le dije que, nunca, ninguna mujer se interpondría en el trabajo, y para ello, no tendría que tener ningún tipo de relación con nadie de este. Pero tú, llegaste para ponerlo todo patas arriba, para desmontar todo lo que yo había construido.

Estaba dispuesto a confesarte mis sentimientos, pero cuando iba a hacerlo, me dijiste que había alguien en tu vida, y eso me frenó.

Supe que no era el momento para decirte nada.

Pasé días en una oscuridad terrible. Me sentí triste y derrotado. Algo que nunca me había pasado, y que, no entendía por qué estaba sucediendo en este momento.

Cuando te vi llorando, me di cuenta de que las cosas eran peor de lo que yo imaginaba. Sentía tu dolor en mí, y solo quería protegerte. Daba igual la manera, pero no quería que siguieras llorando. Necesitaba protegerte y que, nadie pudiera hacerte daño.

No creo que tus heridas estén curadas, pero quiero que sepas que, estoy dispuesto a esperar el tiempo que haga falta. Sin presiones. Te quiero a mi lado, y lucharé por ti, cueste lo que cueste. Te lo prometo —ante estas palabras, Ariadna, no sabía qué decir. Lo último que ella esperaba era una declaración por parte de Alexander. Ella nunca hubiera imaginado que él pudiera fijarse en ella, y no sabía muy bien qué debía de decir en estos momentos—. Entiendo que estés sorprendida con todo lo que te he dicho, pero necesitaba hacerlo. Llevaba una carga demasiado pesada. También comprendo que tus sentimientos hacia a mí, no sean igual.

—Alexander, yo no sé qué decirte. Todo esto me ha pillado por sorpresa. Y mi situación sentimental en este momento, es un verdadero caos.

—Lo siento.

—Quizás, lo mejor para los dos es que, deje de trabajar aquí.

—¿¿Qué?? ¡Por supuesto que no! Eres una gran profesional. Ese fue el motivo de que yo te contratara. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. No quiero que te marches de aquí. Sí lo haces, me sentiría culpable toda la vida.

—Está bien. Déjame un poco de tiempo. Como te he dicho, no estoy pasando por mi mejor momento.

—Lo entiendo. Esperaré todo lo que haga falta. Ya te lo he dicho.

—Tengo que marcharme. Hay mucho trabajo por hacer todavía.  
¿Hablamos luego?

—Por supuesto —Ariadna se marcha del restaurante, y lo hace, huyendo de la situación. Ella no se había fijado en Alexander. Es chico muy guapo, cierto, pero nunca le había mirado con esos ojos. Solo le había visto como su jefe. «¿Cómo había sucedido eso? ¿Qué desencadenaría todo esto?», pensó.

Para Alexander, no había sido fácil confesar sus sentimientos. Estaba faltando a la palabra que le había dado a su padre, y eso para él, era lo más

importante. Pero lo que sentía por Ariadna, traspasaba barreras. De la noche a la mañana, se había vuelto loco por esa mujer a la que apenas conocía, pero que, había conseguido meterse en su corazón.

Necesitaba una charla con su hermano. Él era el único que podía calmarle después de todo lo que había pasado.

Cuando pagó la cuenta, se dirigió a la empresa de su hermano, y este, al verle, se sorprendió.

Alexander se sentó y sin rodeos, le contó todo lo que había sucedido en esa comida con Ariadna. Buscaba la aprobación de su hermano, o quizás, simplemente un apoyo, pero la reacción de Lucas, fue diferente a lo que él hubiera imaginado.

—¿Tú te estás escuchando? ¡Pones en riesgo la empresa que te dejó papá, por un enamoramiento tonto!

—¿ Y tú qué sabes de mis sentimientos?

—Te conozco demasiado bien. Al igual que a todos tus ligues. Esto, como todas las demás, será pasajero, pero con la diferencia de que, pondrás en riesgo la empresa. Ariadna no es como las demás, Alexander.

—¿Y tú qué sabes? ¿Acaso la conoces?

—No me hace falta para saber que no es como cualquiera de tus amiguitas.

—La gente puede cambiar. Desde que esa mujer apareció en mi vida, yo ya no soy el mismo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Me gustaría saber por qué eres tan duro conmigo. ¿Ha pasado algo que yo no sé?

—Simplemente no quiero que la empresa que papá levantó, la pierdas solo por una mujer, que además, ni siquiera conoces.

—¿Y sí te hubiera pasado a ti? ¿Qué harías?

—No lo sé, pero te aseguro que una promesa de papá, pesaría más que cualquier otra cosa.

—Juegas sucio. Sabes lo importante que es eso para mí.

—Sí lo fuera, no habrías hecho algo así. A veces, no sé quién es el mayor de los dos.

—He venido aquí, buscando a mi hermano. Ese que siempre me ha apoyado en mis decisiones, y que me ha aconsejado, pero hoy, tengo la sensación de que me estás regañando. Te noto resentido, como si esto, te afectara de una manera personal. No sé dónde está mi hermano Lucas —él piensa fríamente en las palabras de su hermano, y sabe que lleva razón. Desde que él le habla de Ariadna, siempre está a la defensiva. Lo que siente por ella, no puede quedar a un lado, pero tratar de desquitarse con su hermano, no es la solución. Él, lo único que está pidiendo es apoyo y consejo. Las cosas malas, ya las sabe.

—Lo siento. Estoy siendo demasiado duro contigo, y quizás no lo merezcas. Últimamente, estoy más estresado que de costumbre, y mi humor no es el mejor.

¿Tan intenso es lo que sientes por esa chica?

—Sí. Desde que entró por la puerta de mi oficina, supe que era ella. Han pasado muchos días desde entonces, pero no he conseguido sacarla de mi cabeza. Sé que parece que estoy loco de remate, pero por ella, estoy dispuesto a todo.

—¿Incluso a perder la empresa, si todo sale mal?

—No quiero pensar en eso.

—No quieres, pero debes hacerlo. No solo está en juego tu puesto, también el de mucha gente. Puede que las cosas vayan bien, pero si las cosas no salen como tú esperas, todo comenzará a torcerse. No deberías de mezclar el amor con el trabajo.

—¿Y qué sugieres? ¿Qué la despida?

—¿De verdad piensas hacer eso?

—A lo mejor, podrías contratarla en tu empresa, así...

—¡No me metas en tus líos, Alexander! Madura un poco.

—Te haré caso, y trataré de buscar una solución. Ahora, cambiemos de tema. ¿Cómo te va con esa chica nueva que conociste?

—Las cosas no van demasiado bien.

—¿Qué le has hecho? ¿No ha sucumbido a los encantos de mi hermano?

—No todos somos como tú.

—Sería genial que pudiéramos quedar los cuatro.

—No creo que eso vaya a suceder.

—Quizás con ella no, pero si con otra. ¡Vamos, Lucas! Tú nunca has tenido problemas con las mujeres.

—Ahora solo quiero estar tranquilo, y centrarme en el trabajo. Es lo único que necesito.

—Vale, hermanito. Por cierto, la semana que viene tenemos que presentar una nueva campaña. ¿Crees que podrás echarnos una mano?

—¿De qué se trata?

—Una nueva campaña de baño. Sé que te lo pido con poco tiempo, pero el cliente ha sido muy estricto en cuanto a fechas, y no puedo perderle.

—Está bien. Déjame que cuadre algunas cosas, y te llamo. No creo que haya ningún problema.

—¡No sé qué haría sin ti!

—Yo tampoco. No sé cómo, pero siempre acabo salvándote el culo.

—Te debo una cena.

—Creo que algo más que eso, pero me conformaré. Siento decirte esto, pero tengo muchas cosas que hacer. Te llamo más tarde para confirmarte lo de la semana que viene.

—Está bien. Hablamos más tarde —Alexander se marcha de la oficina, y lucas se queda pensando en todo lo que han hablado. Su hermano estaba más enamorado de lo que él imaginaba. No podía partirle el corazón confesándole lo que sentía por Ariadna. No ahora. Quizás, lo mejor era que ellos empezaran una relación. Nunca podría estar con ella, sabiendo que su hermano estaba sufriendo.

Lucas había tirado la toalla. Prefería anteponer la felicidad de su hermano a la suya.

Ariadna, ya no estaba a su alcance, tenía que admitirlo y olvidarse de ella para siempre.

La teoría siempre suena muy bonita, pero la realidad es otra cosa. Sobre todo, cuando los que mandan son los sentimientos.

Lucas, había aceptado el trabajo de su hermano. Sabía que de otra manera, no encontraría a nadie para que le cubriera el evento. Y al fin, y al cabo, él solo había tenido que mover un par de cosas sin importancia, para poder hacerle el favor.

Por petición de su hermano, él también asistiría a esa fiesta, y allí, de nuevo, las cosas volverían a complicarse.

El evento, estaba saliendo perfecto. Había visto a Alexander tan solo cinco minutos porque estaba muy ocupado atendiendo a los clientes e invitados.

Lucas abrumado por la gente, decide salir a tomar un poco de aire a la terraza. Apoyado en una barandilla de la terraza, y mirando al horizonte, consigue perderse en sus pensamientos, hasta que alguien le toca la espalda por detrás.

Se da la vuelta de inmediato, y su cuerpo se llena de felicidad al ver que es Ariadna.

—Siento si te he asustado.

—No te preocupes. Estaba un poco distraído.

—Tu hermano me dijo que vendrías, pero no te he visto en toda la noche.

—He estado supervisando el trabajo. Casi no he podido hablar con él. Es todo un relaciones públicas.

—Lo cierto es que sí. Se desenvuelve bastante bien en estos ambientes.

—Tú no te quedas atrás.

—A mí este tipo de eventos, me siguen quedando grandes, pero tu hermano se empeña en que tengo que venir. Lucas yo..., quería hablar contigo. Creo que el otro día me excedí en las formas. Quería pedirte disculpas.

—No tienes que hacerlo. Ya está olvidado. Supongo que era mejor así. Lo único que no quería es que pensaras que estaba jugando contigo porque estaba con otra mujer. Eso es lo que de verdad me importa. Que me creas.

—Te creo. Fui muy dura contigo. Supongo que tenías tus razones para no llamarme. Quizás nos precipitamos al estar juntos. Somos muy diferentes.

—¿De verdad piensas eso? Creo que..., bueno, tienes razón. Dejémoslo así. Supongo que tenemos que llevarnos bien.

—¿Por qué dices eso?

—Mi hermano ya me ha contado...

—Lucas, yo no tengo nada con tu hermano. Ni tampoco lo voy a tener. ¿Por quién me tomas?

—Creo que es un buen partido para ti.

—¡Vaya! Ahora resulta que yo necesito un buen partido.

—No quería ofenderte.

—Pues, lo has hecho. Yo no soy un objeto que se vende al mejor postor. Yo elijo con quien quiero estar, y ya lo había hecho. Había apostado por nosotros. Pero, está claro que de nuevo, he vuelto a equivocarme. Y tienes razón, lo mejor es que lo dejemos así. De todas formas, no tenemos por qué llevarnos bien. Nos vamos a ver en contadas ocasiones. Es suficiente con tener un trato cordial.

—Ariadna...

—Lucas, olvídale. Entre nosotros ya está todo dicho. Hay momentos en los que sobran las palabras, y este, es uno de ellos —Ariadna se da la vuelta para marcharse, pero Lucas la coge del brazo y la atrae hacia él.

—Estoy cansado de hacer lo correcto, de no poder ser feliz porque alguien sufrirá por ello. No puedo seguir fingiendo que no me importas. Estoy cansado. Te quiero, y no pienso dejar que te vayas de mi vida, aunque eso suponga un conflicto con mi hermano —Lucas se acerca lentamente a Ariadna, y posa sus labios en los de ella, dando lugar a un profundo beso. Él acaricia su pelo a la vez que, juguetea con su lengua dentro de la boca de esta. Ariadna, pierde el control. Hacía días que deseaba ese beso, y no iba a ser ella quien lo parara. Lucas, por un momento, se olvida de todo lo que hay a su alrededor. Las ganas de estar con ella le pueden, y el deseo de tenerla se apodera de él sin control, dando rienda suelta a la pasión que lleva días tratando de controlar. Sus caricias cada vez son más sensuales, y los gemidos de Ariadna no se hacen esperar, pero antes de que vaya a más, Lucas se separa de ella lentamente—. Tengo que parar, pero no es por falta de ganas, sino porque no estamos solos. Me encantaría hacerte el amor en este momento, pero tú eres demasiado especial para que sea de esta manera. Solo necesito saber que no te arrepientes de nada de lo que ha sucedido —Ariadna traga saliva, y se coloca el vestido. Va a necesitar mucho aire para volver a la

normalidad. Las palabras de Lucas hacen que vuelva a la realidad, a su oscura realidad. Ella no está preparada para volver a estar con nadie tan íntimamente, y ni siquiera comprende cómo ha podido llegar tan lejos con él.

—Lucas, yo...

—Por favor, no estropees el momento. Si te arrepientes, mejor no me lo digas. No quiero saberlo.

—No me arrepiento. Lo volvería a hacer una y mil veces más —la tierna sonrisa de Ariadna, vuelve a aparecer en su rostro—. Tengo que irme. Tu hermano se debe de estar preguntando donde estoy.

—¿Me llamarás? —pregunta él con una dulce sonrisa.

—Lo haré —Ariadna se marcha, aunque no es lo que le apetece en ese momento. Se quedaría horas al lado de Lucas, pero sabe que ha venido a trabajar, y que Alexander, debe de estar preocupado. No sabe el tiempo que ha pasado desde que salió de la fiesta, pero está segura que el suficiente como para que, Alexander, haya notado su falta.

Cuando entra, Alexander aparece a su lado.

—¿Dónde estabas? Me tenías preocupado. No sabía dónde estabas.

—Necesitaba tomar un poco de aire. Sabes que este tipo de fiestas no van conmigo. Solo quería relajarme un rato —Alexander acaricia su hombro cariñosamente, pero ella se aparta de inmediato—. ¿Queda mucho por hacer?

—¿Te ocurre algo, Ariadna?

—No. Solo estoy cansada. Me apetece irme a casa.

—¿Quieres que te lleve?

—No. Tú tienes que seguir aquí. No puedes marcharte. ¿Me necesitas para algo más, o puedo irme a casa?

—Puedes irte si quieres. ¿Quedamos mañana para comer?

—No puedo. Tengo planes. ¿Otro día?

—¡Claro! —Ariadna le da un beso en la mejilla a Alexander y se despide de él—. No me quedo tranquilo sabiendo que te vas sola.

—No te preocupes. Cogeré un taxi y en un rato estaré en casa. Tú disfruta de la fiesta. Te lo mereces. Ha sido una noche dura, pero todo ha salido bien.

—Gracias a ti. Desde que te tengo a mi lado, las cosas funcionan a la perfección.

—Tu empresa era la mejor antes de que yo estuviera aquí. Nos vemos el lunes. Disfruta —Ariadna coge su teléfono y marca el número del taxi, pero antes de que pueda continuar, Lucas acaricia su cuello por detrás, le habla muy bajito al cuello diciéndole...

—Me encantaría pasar la noche contigo —Todos los sentidos de Ariadna se ponen en alerta. Esa frase, es demasiado para ella. Lucas no es como los demás, y por eso mismo, con él, vuelven a resurgir las dudas.

—¿No quieres dormir conmigo? —pregunta él.

—¿Dormir tú y yo? ¿De verdad crees que podemos dormir después de lo que ha sucedido en esa terraza? ¡Lucas, por favor!

—¿No me crees capaz? No te voy a negar que me muero por estar contigo, pero también me he dado cuenta de que por alguna razón, tú no quieres que eso suceda todavía, y te respeto. Quiero que estés segura.

—Lo dices cómo si fuera mi primera vez.

—No lo creo. Pero, también sé que tienes un pasado tormentoso del que no quieras hablar. Que no te haya preguntado, no quiere decir que no me haya dado cuenta de que te ocurre, o te ocurrió algo. Estaré esperando a que me lo cuentes cuando te sientas preparada. No quiero presionarte.

—¿Tanto se me nota?

—Cuando te conocí, tenías una mirada triste. Tanto que a pesar de tener los ojos más bonito del mundo, el color de estos, se veía más apagado. Desde que comenzaste a sonreír, ese color se volvió todavía más intenso, y precioso.

—¡Eres todo un romántico!

—¡No te burles! ¿De verdad nadie te ha dicho que tenías la mirada triste?

—Supongo que nadie se ha atrevido.

—Espero no volver a verlos tan apagados.

—Bueno, la vida no es tan fácil como la gente piensa.

—Eso también lo sé. ¿Algún día me contarás que eso que te entristece tanto?

—Puede que algún día te lo cuente, pero ahora tengo que irme.

—¿Rechazas mi oferta para dormir juntos? Piénsalo..., mi casa, la luz suave, mi cama, tú tumbada, yo abrazándote, dándote besitos por el cuello, y diciéndote te quiero mientras te quedas dormida —Ariadna traga saliva.

—Creo que eso es chantaje.

—¿De verdad? Yo creo que eso sería pasar una noche fantástica.

—Me encantaría, pero el interrogatorio que me esperaré mañana por parte de mi madre, hace que decline tu oferta. Lo dejamos para otro día.

—¡Dolores me adora! ¿Todavía no te has dado cuenta?

—Sí. No es algo muy complicado.

—¿Me dejas que te lleve a casa al menos?

—Está bien —ambos siguen hablando hasta que llegan al coche de Lucas. Allí, Ariadna no puede parar de mirarlo mientras él conduce. Solo puede pensar en que por fin las cosas comienzan a sonreírle, y que todas las palabras que le han hecho que vuelva a creer en eso que hace años quiso entrar: el amor.

Quince minutos después, Lucas para el coche en casa de Ariadna.

—Parece que hemos llegado. ¿De verdad no quieres pasar la noche conmigo?

—Lucas...

—Está bien. No insisto más. ¿Puedo llamarte mañana para comer?

—Puedes —ella sonrío—. Tengo que irme.

—Hasta mañana, preciosa. Te echaré de menos esta noche.

—Yo también. Tu proposición era muy tentadora —ambos se acercan y se funden en un beso que, poco a poco, sube de intensidad, pero Ariadna se aparta—. No lo pones nada fácil, Lucas.

—Necesito de tus besos para sobrevivir hasta mañana —ella vuelve hacia él, se acerca a sus labios, y vuelve a besarle, esta vez, juguetea con su lengua, hunde sus manos en el pelo de este, y profundiza mucho más el beso. Las ganas de ambos no se calman. Las manos de Lucas, bajan por la cintura de Ariadna. Lentamente, levanta su vestido, y abre suavemente sus piernas para introducir sus dedos por dentro de sus braguitas. Algo que a ella le hace estremecer. Sus respiraciones, comienzan a ser agitadas. Ariadna se sube encima de Lucas, y comienzan a besar su cuello sensualmente. Él con su miembro a punto de explotar, se pega a su cuerpo.

El deseo les puede, pero ambos saben que tienen que parar.

—Nena, me vuelves loco, pero este no es el mejor sitio para esto. Podría levantar una bandera durante horas, pero tengo que ser consecuente. Estamos

delante de tu casa.

—Tienes toda la razón. He perdido el control.

—A mí me encanta que lo pierdas. Creo que lo mejor es que me vaya. Mañana te llamo.

—Nos vemos mañana.

Ariadna, vuelve a casa. Cuando llega a su habitación, suelta el bolso, y se tumba en la cama sin más.

No puede dejar de pensar en los besos de Lucas, en sus caricias, en sus manos..., quizás, si él no hubiera parado, hubieran llegado muchos más lejos. Esta vez, no había sentido miedo. Solo se había dejado llevar por su instinto y por sus ganas de estar con él, dejando atrás cualquier otra cosa.

Ahora solo podía pensar en él, y en que mañana llegara pronto. Necesitaba volver a tenerlo cerca, y si volvían a estar como en ese coche, ella no pondría ningún impedimento. Dejaría que sus sentimientos mandaran por encima de sus pensamientos.

Lucas, había llegado a su casa listo para una ducha bien fría. El olor de Ariadna, todavía podía sentirse en su piel, y recordar lo que había pasado en ese coche, era peor que una tortura.

Ya era la segunda vez que no calmaba las ganas de estar con ella, pero siempre ocurría en el sitio menos apropiado. Estaba seguro de que ella estaba retrasando el momento, pero esta noche, le había dado luz verde. Ella había sentido cada una de sus caricias, y no podía resistirse al deseo que ambos sentían. Quería que fuera especial, porque ella lo era. Solo tenía que planearlo.

A la mañana siguiente...

Dolores abre la puerta de casa, y se sorprende al ver a Lucas al otro lado.

—¡Mi niño! ¿Qué haces tú aquí? ¿Necesitas algo? —dice Dolores.

—Hola, Dolores. Sabes que me encanta verte, pero esta vez, no vengo por ti, sino por Ariadna.

—¿Ariadna? Esa muchacha todavía no se ha levantado ni a quitarse las legañas, pero pasa. Te serviré un café.

—¿Sigue dormida?

—Sí. Parece que la fiesta de ayer acabó tarde.

—Yo la acerqué hasta aquí. Estaba cansada, y no me pareció bien que cogiera un taxi sola.

—No lo sabía. Pero me alegra. No me gusta que ande sola a esas horas de la noche. Voy a traerte café —cuando se lo trae, Dolores sigue hablando— Voy a despertar a la dormilona.

Lucas se queda solo en el salón, mientras que, Dolores, va a la habitación de Ariadna. Sube la persiana, y esta, abre los ojos.

—¿Qué haces, mamá?

—Despiértate. Tienes visita.

—¿Yo? ¿Quién?

—Tendrás que salir para averiguarlo —Ariadna se levanta de golpe de la cama, abre la puerta de la habitación, y ve a Lucas sentado en el sofá. Cierra de golpe y le dice a su madre:

—¿Por qué no me has dicho que era Lucas? ¿Desde cuándo lleva ahí?

—Solo unos minutos, tranquila.

—¡Mierda! Tengo que ducharme, vestirme... —Dolores no puede evitar reírse de las palabras de su hija—. ¿Se puede saber por qué te ríes, mamá? No le veo la gracia.

—Nunca te había visto tan preocupada por tu aspecto, cariño. Parece que Lucas, está cambiando algunas cosas.

—Voy a ducharme. Dile que no tardaré —Ariadna sale de la habitación, y en menos de diez minutos, ya se ha duchado, y está vestida. Sale al salón para ver a Lucas.

—Buenos días. No pensaba que ibas a venir —dice ella.

—Buenos días, princesa. Bueno, quería venir a verte.

—Yo os dejo solos —dice Dolores.

—No, espera. Quiero hablar contigo también. Tengo algunas cosas que decir, y también quiero que tú las oigas —Dolores vuelve a sentarse de nuevo en el sofá.

—Me tienes intrigada, hijo —dice Dolores.

—Bueno, quería decirte que estoy locamente enamorado de tu hija, y que me dejaré la vida por hacerla feliz. Sé que hay algo de su pasado que no la deja avanzar, y también sé que eso es algo que a ti también te preocupa, pero quiero que sepáis que yo no voy a hacer daño a nadie. Mis sentimientos hacia ti, Ariadna, son verdaderos.

Quiero que vayamos despacio, que nos conozcamos poco a poco. Quiero que te olvides de lo que hayan podido hacerte, y te centres en el amor que yo puedo darte, nada más.

Voy muy en serio contigo, y por eso mismo, he querido ponerme frente a las dos para decirlo. Incluso, lo diría delante de tu padre, pero no sé dónde está.

—Mi marido sale muy pronto. Todavía hace algunas chapuzas cuando le llaman, pero estoy segura de que, estaría muy contento al escuchar tus palabras. No hay nada que le haga más feliz que saber que su hija, vuelve a vivir.

Respecto a mí, no tengo mucho que decirte. Te conozco desde hace años. Sé muy bien lo noble que eres, y la verdad que hay en tus palabras. Ariadna,

es mayorcita para elegir con quien quiere salir. Eso es algo en lo que yo nunca me he metido, pero que seas tú el que esté a su lado, no puede hacerme más feliz.

—Me alegra saberlo, porque para mí es muy importante que tú estés de acuerdo en que estemos juntos. Sé lo importante que eres para ella, y que quieras que esté con ella, para mí ya es demasiado.

Y ya que estamos en eso, quería pedirte permiso para raptarla hasta mañana. Te prometo que te la traeré llena de felicidad.

—¿Llevártela? ¿Me estás pidiendo permiso? Ella está muy grande para eso, cariño. Puede ir donde quiera. No tiene que pedirme permiso.

—Bueno, pero vive en tu casa.

—¡Hola! ¡Estoy aquí! Estáis hablando de mí como si nada —dice Ariadna.

—Bueno, primero estaba hablando con tu madre. Quería ser sincero con ella.

—Ya lo veo.

—Aunque..., todavía me queda preguntarte a ti si quieres escaparte conmigo. Puede que tu respuesta sea que no —Lucas y Dolores, miran a Ariadna. Está les devuelve la mirada y no puede evitar reírse.

—Lo siento, pero es que estáis de cuadro —dice Ariadna sin poder parar de reír.

—Ahora resulta que tenemos cara de chiste —dice Dolores.

—Me parece estar viviendo en una fantasía.

—A mí me parece más un cuento, ¿no? —dice Lucas.

—Yo nunca he creído en ellos.

—Quizás, ya vaya siendo hora. Entonces, ¿qué dices? ¿Nos vamos de fin de semana?

—Sí. Me apetece mucho.

—¡Perfecto! Prepara una mochila, y nos vamos.

—¿Frío, calor? —pregunta ella.

—Frío..., creo que no te dará tiempo a pasar.

—¡Lucas! —le regaña Ariadna.

—¡No he dicho nada!

—¿Creéis que nací ayer? A lo mejor pensáis que no sé lo que hace la gente de vuestra edad. ¡Por el amor de Dios!

—Voy a por la maleta porque mi madre va a empezar con sus cosas.

Ariadna coge algo de ropa, y sale de nuevo. Lucas y su madre se ríen. Dolores le abraza. Le tiene demasiado cariño. Desea que las cosas salgan bien, y que la relación entre Lucas y su madre no se vea afectada, si las cosas entre ellos no terminaran de funcionar.

—Estoy lista. Cuando quieras podemos irnos.

—Perfecto. Dolores, un gusto verte como siempre. Mañana te la traigo.

—Cuídamela mucho, por favor.

—Lo haré. Te lo prometo.

Lucas y Ariadna se marchan. Dolores sabe que su hija está en buenas manos. Nunca hubiera imaginado que ese chico que durante años había sido tan especial para ella, ahora hubiera puesto los ojos en su hija. Solo deseaba que las cosas entre ambos salieran bien, y que por fin, la felicidad, llegara a la

vida de su hija.

—¿Se puede saber a dónde me llevas? —pregunta Ariadna.

—A un lugar donde confesarte secretos.

—¿Secretos? ¿Tú tienes alguno?

—Alguno que otro.

—¡Vaya! Pensaba que tendrías algún plan romántico.

—Todavía puedo sorprenderte.

Un par de horas más tarde, llegan a un pueblecito de la montaña precioso. Pequeñas casas de madera rodean lo que parece un río, y en el medio un pasaje de madera, decorado con flores. Las cuestas de este, parecen interminables, incluso en alguna ocasión, Ariadna piensa que irán cuesta abajo con el coche, pero aún con ese susto en el cuerpo, sigue contemplando cada detalle de ese pueblo por el que tiene una enorme curiosidad.

—Ya hemos llegado —Cuando Lucas pronuncia esas palabras, los ojos de Ariadna se centran en una pequeña casita que ha quedado a su derecha. Está hecha de madera, con algún detalle floral. Parece una casa muy antigua, pero tiene mucha curiosidad por saber lo que se encontrará dentro.

—¡Me tienes intrigada! ¿De quién es esta casa?

—Todo tiene su historia, no seas impaciente. Seguro que te gusta lo que te voy a contar, pero antes de eso, quiero que entremos —Lucas coge la llave, y abre. Lo que Ariadna se encuentra al entrar, es algo que seguramente ni ella misma esperaba.

Es una casita pequeña, pero cuidada hasta el más mínimo detalle. En el recibidor, hay dos fotos antiguas colgadas, con un pequeño mueble en el que se dejan las llaves. Justo al lado derecho hay una pequeña cocina. Un fregadero, una nevera, un horno, y una cocina de gas, con unos taburetes en la barra que acompaña la cocina.

Al fondo, un sofá enorme en color blanco, y enfrente una chimenea que, está encendida.

Lucas coge su mano, y junto a ella abre la puerta de la que parece una habitación.

Al abrir, se ve un gran ventanal, y una cama en la que bien podrían entrar diez personas. Las mesillas, también en madera, con dos pequeñas luces que alumbran con una luz tenue. En los pies de la cama, un baúl que llama mucho su curiosidad, parece restaurado, aunque por su aspecto, sabe que tiene demasiado tiempo.

Por la cama, desde arriba, caen dos cortinas grandes blancas, que hacen mucho más romántica la estancia.

Nada que envidiar a cualquier cama de una princesa Disney.

—¿Sorprendida? —pregunta Lucas.

—Mucho más que eso. Desde fuera la casa se ve preciosa, pero por dentro, es mucho más increíble. Nunca hubiera imaginado que tuvieras una casa así. Es simplemente preciosa.

—Yo también lo creo. Si no estuviera tan lejos del trabajo, me vendría aquí a vivir sin dudar. No necesito nada más.

—A mí no me importaría tener que conducir dos horas para llegar hasta aquí. Podrías vendérmela.

—¿Venderla? Esta casa tiene demasiados recuerdos, momentos..., aunque quisiera, no podría venderla.

—Me tienes intrigada.

—Las historias que esconde esta casa son..., especiales. ¿Te apetece un vino?

—Sí —ambos se acercan a la cocina. Mientras que Lucas abre el vino, Ariadna se sienta en el taburete de la cocina—. Me encanta esta casa. Cada rincón, cada detalle, parece especial.

—Lo es. Vamos a sentarnos —ambos se dirigen al sofá y se sienta frente al

fuego.

—Cuando falleció mi padre, me dejó a mí esta casa. Él sabía lo importante que era para mí, y mi hermano, no puso pegas por eso.

Hace muchos años, cuando mi padre tenía mi edad, conoció a mi madre. Se conocieron en un pueblo de la costa, mientras que ella veraneaba con sus padres. Los padres de ambos se hicieron muy amigos, y por consiguiente, ellos también, aunque entre ellos no tardó en saltar la chispa.

»Unos meses más tarde, mi padre decidió llevar a mi madre a un pueblecito de montaña. Había alquilado una casa para pasar el fin de semana juntos. Algo discreto, pero romántico. Quería que todo fuera perfecto porque tenía algo muy importante que preguntarle.

Según me contó mi padre, la casa sigue intacta desde entonces. Solo hemos tenido que arreglar algunas cosas de la cocina, y alguna que otra humedad por el paso del tiempo. Bueno, también el sofá. Es de las pocas cosas que no sobrevivieron al paso del tiempo.

Mis padres siempre recordaban esta casa como algo especial. Fue el inicio de su nueva vida. Mi madre, siempre recuerda esta casa con cariño, aunque desde que falleció mi padre, ha sido incapaz de volver aquí. Los recuerdos le duelen demasiado, y aunque ha pasado mucho tiempo, supongo que hay personas que son imposibles de olvidar.

Aquí, frente a esta chimenea, mi padre se arrodilló ante mi madre, y le pidió matrimonio. Desde el primer momento en que la vio, supo que ella sería la mujer de su vida, y no quiso separarse nunca más.

Desde entonces, esta casa solo ha contemplado momentos felices. Según ellos, aquí fuimos concebidos mi hermano y yo. Pasaron aquí su noche de bodas, y también fines de semana muy románticos.

Durante años, he escuchado historias dignas de una buena novela romántica. El amor que mis padres se tenían era especial.

Él siempre me dijo que cuando encontrara a la mujer de mi vida, me daría cuenta. Insistía en que esas cosas solo suceden una vez en la vida. Yo siempre pensé que eran tonterías. Pero cuando te conocí a ti, me di cuenta de que mi padre tenía razón. La mujer de mi vida había llegado, y lo sabía porque nunca había conocido a alguien como tú. Tampoco había sentido las famosas mariposas de las que todo el mundo hablaba, pero contigo, todo eso, llegó de golpe.

Ariadna, he estado con muchas mujeres, he salido, he entrado, he pasado

buenos momentos, malos, pero contigo, quiero que todo sea diferente. Quiero despertarme y verte a mi lado, quiero construir recuerdos a tu lado, que me cuentes tus inquietudes, que viajemos, que volemos juntos..., quiero que seamos uno. No te puedo prometer un camino de flores siempre, pero te prometo que estaré a tu lado ante cualquier dificultad. Cogiéndote de la mano cada vez que lo necesites, y apoyándote en tus días malos. Quiero una vida a tu lado. Sé que es demasiado pronto para pensar en matrimonio, pero lo que sí quiero que tengas claro, es que estoy comprometido contigo. Por eso... —Lucas deja la copa de vino, y se arrodilla ante ella—. Quiero que dentro de un tiempo, tú y yo formemos una vida juntos. No quiero que te asustes, ni que tengas prisa. Solo quiero que sepas que, voy en serio contigo, y que quiero que confíes en mí. No voy a defraudarte, y lucharé para que lo nuestro no se estropee —Los ojos de Ariadna se llenan de lágrimas, y un nudo se instala en su garganta, impidiendo que sus palabras puedan salir —¡Por Dios, nena! Dime algo. No quiero que salgas asustada de aquí. No es una proposición de matrimonio. Quizás, el anillo era algo precipitado, tenía que haberlo pensado mejor... —Ariadna se acerca a él, y con un tierno beso hace que Lucas deje de hablar.

—Lucas, aunque estoy fuera una propuesta de matrimonio, te aseguro de que la respuesta también sería un sí. Me encantaría pasar toda la vida a tu lado, y aunque no quiero dañar este momento tan bonito, yo también necesito sincerarme contigo —Las palabras de Ariadna tensan a Lucas.

—Voy a contarte una historia que nada tiene que ver con momentos o recuerdos bonitos.

La Ariadna de hace unos años, nada tiene que ver con la que estás viendo en este momento.

Yo era una chica divertida, alegre, llena de vida. Estaba dispuesta a comerme el mundo, pero poco a poco, las cosas fueron cambiando.

Tuve un problema serio de sobrepeso. Al principio, yo nunca le di demasiada importancia, pero la gente como bien sabes, es muy dañina, y empezó a afectarme.

Pasé a ser la gordita de la clase. Tenía que aguantar insultos constantes, malas caras, cuchicheos..., muchos de los que creía mis amigos, se empezaron a alejar. Por suerte, los verdaderos, nunca me dejaron, y a día de hoy, siguen siéndolo.

»Yo que creía que podía con todo, me había dejado llevar por los

comentarios de cuatro idiotas que realmente no sabían el infierno que yo vivía por dentro.

De cara a la galería, todo eran sonrisas, pero cuando llegaba a casa, vivía mi propio infierno.

Los chicos no se fijaban en mí, ni tampoco querían mi compañía, y eso para una adolescente, era todo un mundo.

Cometí el mayor error de mi vida: dejé de comer. Escondía la comida, e incluso... —las lágrimas de Ariadna comienzan a salir, y su respiración comienza a ser agitada. Lucas le dice que no hace falta que siga, pero ella quiere desenterrar ese capítulo de su vida. Quiere que sepa la verdad—. Cometí muchos errores, Lucas. De los que ahora, después de mirar hacia atrás, y ver las cosas con la claridad que no las veía cuando era una adolescente, me arrepiento, pero me ha servido para crecer.

Se me pasaron las ideas más terribles por la cabeza, incluso, pensé en llevarlas a cabo, pero por suerte, no sucedió nada.

Una noche, cuando venía a casa, tres chicos me atacaron por sorpresa. Presa de los nervios, solo pude escuchar algunas de las frases que hasta hoy, no he podido olvidar. «¿Cómo será follarse a una gorda?» «Es solo un trozo de carne».

Trataron de quitarme todo lo que tenía en la cartera, y una medalla que mi abuela me había regalado de oro. Era lo único que conservaba de ella, y no estaba dispuesta a que me lo quitaran. Ellos solo querían robarme, y pensé que solo forcejearíamos, pero me equivoqué. Uno de aquellos chicos, sacó una navaja. Estaba dispuesto a todo. Durante unos segundos pensé que no sería capaz, pero si lo fue. Iba directo a mi tripa, pero en un acto de defensa, conseguí meter el muslo. Ahí fue a parar esa maldita navaja. Comencé a sangrar, y ellos, presos del pánico, salieron corriendo, pero antes de irse. Tiró de la cadena de mi cuello y se la llevó.

Probablemente no le darían nada por ella, pero a mí me había desvalijado el alma. Comencé a chillar con fuerza, pero ya era tarde, y no había nadie en la calle.

Con el paso del tiempo, comencé a sentirme cansada, y los ojos se me fueron cerrando lentamente. Es ahí cuando supe que todo había acabado. Que mi sufrimiento había llegado a su fin, y que ahora solo quedaba descansar.

Eso es lo último que recuerdo de esa terrible noche. Lo siguiente fue en el hospital con mis padres llorando.

Una cicatriz atraviesa mi muslo desde hace años. La que me recuerda que,

aunque una quiera ser fuerte, siempre hay alguien que lo es más que tú, y que se cree con derecho sobre alguien.

Esa misma, me ha hecho ser fuerte, y me hizo tomar decisiones.

Decidí ponerme en manos de profesionales para bajar de peso. Ya no solo era por lo que la gente pudiera decir de mí, era por mi salud, y por la de mis padres que sufrían cada día con cada cosa que me pasaba.

En ese proceso tan duro, se unió a nuestra pandilla un chico que, desde que llegó me cautivó. Poco a poco, él se fue interesando en mí. Quedábamos cada vez más, me escuchaba, no me juzgaba, y me hacía sentir especial. Algo que por aquel entonces, era demasiado complicado.

Un día, me confesó sus sentimientos, y yo caí rendida ante él. Era el chico más guapo que yo había visto nunca, y que él hubiera puesto sus ojos en mí, me parecía fantástico.

Estuvo en todo mi proceso para adelgazar. No se separó de mí ni un instante, pero después de mi operación, él me confesó que me veía como una amiga, y que no podía seguir conmigo. Habíamos estado dos años juntos, pero parece que sus sentimientos por mí, habían cambiado totalmente. Me pasé meses llorando su ausencia. No entendía que había podido pasar. Parecía que todo estaba bien.

Siempre he pensado que mi operación, y mi cambio físico, llena de estrías, le había hecho replantearse la relación, pero quizás, no solo fue eso. Cuando alguien te quiere de verdad, no te dice que te quiere como amiga, y desaparece de tu vida como si nada.

Me costó mucho tiempo recomponerme de todo eso.

Supongo que fue la última gota para que el vaso terminara de llenarse. Por eso, decidí irme de aquí. El viaje a Estocolmo, me hizo cambiar mi forma de ver las cosas. Allí conocí gente maravillosa, con la que todavía tengo contacto. Aprendí a estar sola, a echar de menos a los míos, y a valorar mucho más a mi familia. Esa fue la parte más dura de mi partida.

He conocido chicos, pero han entrado en mi vida, de la misma manera que han salido. No he vuelto a abrir mi corazón a nadie. Me juré que nadie volvería a hacerme llorar, y para eso, tenía que renunciar al amor.

Durante muchos años, he vivido con la idea de que aquella chica que se fue de aquí, nunca más volvería, pero cuando te conocí, me di cuenta de que estaba equivocada. Esa chica seguía dentro de mí, solo que estaba escondida para que nadie volviera a hacerla daño.

Con el tiempo he aprendido a vivir con mis complejos. Me he quitado

kilos de encima, pero la cicatriz que llevo en la pierna, me recuerda un dolor que no termina de sanar.

El cuerpo que ves, es solo eso. Realmente, no lo hice por lo que opinara la gente, fue por salud. Mi madre sufría en silencio, aunque yo no quería verlo. Ella siempre tenía una buena palabra para mí. Supongo que no quería mostrarme la realidad tan cruda que había.

No soy perfecta, Lucas, pero es que he aprendido que tampoco quiero serlo.

Cada uno ve la perfección a su manera, y yo, después de muchos años, no le veo ninguna importancia. Me cuido por salud, pero no me obsesiono con engordar. Pero siendo sincera contigo, tengo un complejo que soy incapaz de quitarme, y es esa maldita cicatriz. Sé que para ti puede ser una tontería, pero no he conseguido que nadie pueda verme desnuda desde entonces. O bien trataba de que hubiera oscuridad, o taparme rápido. Es la parte que más detesto de mi cuerpo, porque me hace recordar un pasado doloroso, pero a la vez también, cada vez que la miro, me da fuerzas para continuar. Sigo viva, y a pesar de mis complejo, tengo que seguir adelante. Tuve mucha suerte. Las cosas podrían haber sido mucho peor —Lucas sube su falda lentamente, y cuando llega a la cicatriz, Ariadna pone su mano encima, pero él posa la suya, y juntos suben lentamente. La toca lentamente. Ambos se miran con los ojos repletos de lágrimas, pero con una sonrisa.

—A mí esto, no me importa en absoluto. Al igual que no me importa si engordas, adelgazas. Lo único que quiero es verte feliz. No quiero que tus ojos vuelvan a llenarse de esa tristeza que tenían el primer día en que te conocí.

Sé que no es fácil olvidarse de un pasado tan doloroso, pero quizás, sea el momento de dejarlo a un lado. Eres preciosa. Tal y como eres, pero además, eres una mujer fuerte y luchadora. Pese a todo, has sabido recomponerte de cada una de tus heridas, aunque tú creas que no lo has hecho. Te admiro. Creo que yo no hubiera sido capaz de hacerlo.

Solo quiero que sepas que yo no estoy aquí para hacerte reproches, solo estoy aquí para cuidarte, y quererte. ¿Y sabes qué? Me alegro de que ese idiota te dejara, porque de esa manera, he podido conocerte. No sabe lo idiota que fue por dejarte ir —dice Lucas.

—Para mí él, forma parte del pasado. No te voy a negar que me costó

mucho tiempo olvidarle, pero desde que comprendí que quien te quiere, no te deja de la manera en que él lo hizo, el amor que sentía por él, se fue desvaneciendo.

No había vuelto a sentir nada por nadie hasta que llegaste tú. Desde ese momento, todo cambió. No sé cómo, pero te has metido en mi corazón sin avisar, y parece que no va a ser tan fácil salir de él.

Que me hayas traído aquí a un sitio tan perfecto, tan personal, tan familiar..., es demasiado importante para mí.

—Quería continuar con la historia de mis padres. Eso sí, sin bebés todavía. No hay que correr —ambos ríen—. Quiero decirte algo que también me preocupa.

—Dime.

—Es mi hermano. Él está enamorado de ti. No puedo reprochárselo, porque una mujer cómo tú es difícil de encontrar, pero me da miedo su reacción ante nuestra relación. No quiero ocultárselo, porque no sería justo, pero tampoco sé cómo podemos abordar el tema con él. No quiero hacerle daño.

—Nunca imaginé que el pudiera sentir algo por mí. Quizás, debería de haber sido más clara con él, pero lo que me dijo, me pilló por sorpresa.

—Él cree que tiene alguna posibilidad contigo, por eso vive obsesionado con conquistarte.

Hay que pensar cómo decírselo, sin causarle demasiado daño.

—Pensaremos en algo, te lo prometo. Pero hoy no. En este momento, solo quiero que pensemos en los dos. Nada más —Ariadna acarició su cuello suavemente, y él se acercó a ella para besarla.

Comenzaron a quitarse la ropa, cuando Ariadna estaba completamente desnuda ante Lucas, volvió a sentirse vulnerable, pero eso solo duró unos segundos, lo que Lucas tardó en llenar de caricias y besos su cicatriz, y hacerle olvidar cada uno de sus recuerdos del pasado.

—Me gustas demasiado, Ariadna. Deseaba con todas mis fuerzas que llegara este momento de tenerte entre mis brazos.

—Yo también. Pero...

—¿De verdad hay un pero?

—Lo hay —Lucas se tensa—. Necesitamos preservativos.

—Bueno..., no quiero que pienses que venía con una clara intención, pero..., los tengo —ambos se ríen.

—Eres un hombre precavido.

—Lo cierto es que sí —Lucas se levanta, coge un preservativo del bolsillo de su cartera, y vuelve con Ariadna—. ¿Por dónde íbamos? —Lucas vuelve a besarla, pero esta vez con mucha más fuerza. La sube a horcajadas a sus caderas. Se deshace de sus calzoncillos, se pone el preservativo, y de una embestida, se hunde dentro de ella. Un gemido de ella, le pone en alerta—. ¿Quieres que vayamos más despacio?

—Por supuesto que no. Me encanta así —Lucas la coge y la lleva hasta la cama, donde la tumba y la llena de besos, mientras que sigue penetrándola. Se tumba encima de ella, y con un sol movimiento la pone encima de él—. Ahora necesito que te muevas tú —dice él.

Mientras que ella se movía con su miembro dentro, él mordisqueaba sus pezones. Siguieron aumentando el ritmo. Cuando ella alcanzó el orgasmo, y al oírla gemir y disfrutar de esa manera, no pudo contenerse y se corrió dentro de ella.

—Eres la suerte de mi vida, princesa.

—¿Yo? Creo que la afortunada soy yo.  
Por cierto, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Por qué me llamas princesa? No me identifico en nada con esa palabra.

—¿De verdad que no?

—No. No creo en príncipes azules que te salvan de las cosas malas, que te van a buscar a altos castillos, que se enamoran de ti y te buscan por un zapato...

—¡Vaya! ¡Cuánto rencor le tienes a Disney!

—No. Solo que no comparto ciertas teorías. Yo no necesito un príncipe azul que me salve de nada. Puedo encontrarlo solita.

—Pues aunque no lo creas, eres una princesa, pero no como ellas. Eres una especial. Como tú dices, no necesitas un príncipe azul. Yo tampoco lo soy. Tampoco busco salvarte de nada, porque tú sola lo haces. Eres una princesa moderna, aquella que no ve un físico en un príncipe, miras mucho más allá. Nosotros somos más como..., ¿La Bella y La Bestia?

—No pretenderás ser tú la Bestia, ¿verdad?

—Soy el príncipe guapo desde que te conocí —ambos explotan a carcajadas.

—Nunca había hablado con nadie de Disney.

—¿No? Pues, yo soy mucho de pelis de Disney.

—Déjame adivinar, tu favorita es..., ¿La Bella y La Bestia?

—Sí. Un bonito mensaje. Una bonita película. La belleza está en el interior. El físico se va tarde o temprano, pero lo importante, se encuentra dentro de uno.

—¿Me vas a decir que nunca te fijas en el físico?

—Por supuesto. Por eso, en este momento, estoy con la chica más preciosa

del mundo. Te quiero decir que hay gente espectacular por fuera, que por dentro no vale nada, y al final, eso, hace que pierdas el interés.

—Es cierto.

—¿Sabes? Creo que no eres capaz de ver todo lo que vemos los demás de ti.

—¿Y qué es eso que no veo?

—A la chica tan preciosa que hay. No te valoras como deberías. Y aunque no te guste, para mí, seguirás siendo mi princesa.

—Sí. Una princesa en zapatillas, porque los zapatos no son lo mío.

—¡Me gusta! Mi princesa en zapatillas —Lucas la abraza con ternura—. Gracias por darme una oportunidad. Soy muy feliz estando a tu lado.

—Yo también, Lucas. Contigo todo vuelve a tener sentido, y mi corazón vuelve a latir con fuerza.

Ambos se quedan dormidos abrazados.

A la mañana siguiente, a unos kilómetros de allí, Alexander preso por las ganas de ver a Ariadna, se presenta en casa de esta, aunque la sorpresa no es capaz de imaginar la sorpresa que le espera.

—Cariño, ¿qué haces aquí? ¿Necesitas algo? —pregunta Dolores.

—Hola, Dolores. Lo cierto es que vengo a ver a Ariadna. Quería invitarla a comer.

—Pasa, hijo —Alexander entra y se sienta en el salón.

—Siento que te hayas dado el paseo para nada, pero Ariadna no está.

—¿No está?

—No. Lucas vino anoche a buscarla, y se fueron a pasar el fin de semana juntos —Alexander trata de digerir las palabras que Dolores le acaba de decir, pero parece algo imposible. «¿Lucas? ¿Qué hace mi hermano con Ariadna?», piensa. Había algo que no le cuadraba en todo esto.

—Explícamelo, porque no consigo entenderlo.

—Quizás, estoy metiendo la pata, pero Lucas y Ariadna están juntos, Alexander.

—¿Juntos? ¿Desde cuándo?

—No sabría responderte a esa pregunta, pero hace tiempo que ellos están enamorados.

—Te juro que no entiendo nada, Dolores. ¿Por qué no me han contado nada? Mi hermano sabía...

—¿El qué, cariño?

—Nada. Gracias por decírmelo. Me voy.

—Pero, cariño... —Alexander se acerca a ella le da un tierno beso en la mejilla.

—Gracias, Dolores.

Alexander se marcha de allí, lleno de rabia y de dolor. No entiende como su propio hermano ha podido engañarle de esa manera. Él sabía lo que sentía por Ariadna. Ahora comienza a entender sus charlas con él, en las que todo eran pegos para conquistarla. «¡Claro! Él ya estaba enamorado de ella, y no quería que yo estuviera en el medio», pensó.

Su cabeza estaba a punto de explotar. Su propio hermano le había traicionado.

## Prioridades

Cuando Lucas y Ariadna se despiertan, todos son caricias llenas de amor, y palabras bonitas, pero tienen que volver a casa de nuevo. Ha sido una noche fantástica para ambos, pero es hora de regresar a la vida normal.

Cuando van en el coche, Ariadna está pensativa, y Lucas se atreve a preguntar:

—¿Qué le pasa a mi princesa en zapatillas? —ella esboza una sonrisa.

—Solo pensaba en todo lo que ha sucedido esta noche. He conseguido abrirte mi corazón, me has contado secretos de tu familia, nos hemos confesado nuestro amor..., ha sido muy intenso.

—A mí me ha parecido maravilloso. No me arrepiento de nada de lo que ha pasado esta noche, bueno y esta mañana —Lucas le guiña un ojo.

—Yo tampoco me arrepiento de nada, aunque creo que tendré agujetas durante toda la semana.

—No te preocupes. Seguiremos practicando ejercicio toda la semana, para que eso no suceda —le saca la lengua pícaramente.

—¡Eres un perverso!

—¡Claro! Ahora dirás que no has disfrutado...

—¡Por supuesto! Por eso mismo, no dejaré que te escapes —arrastra sus dedos por el torso de él.

—¡No me distraigas! Voy conduciendo. Aunque..., también puedo parar.

—Todo a su tiempo. Concéntrate en la carretera.

Cuando llegan a casa de Ariadna, Dolores les recibe con gesto serio.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Por qué tienes esa cara?

—Esta mañana ha estado aquí Alexander. ¿Qué está pasando? ¿Qué ha ocurrido entre vosotros tres? —Lucas se acaricia el pelo, y comienza a andar por el salón. Ariadna pone la mano en su hombro, y le pide que se tranquilice.

—Mamá, Alexander no sabe que Lucas y yo estamos juntos.

—Sí lo sabe. Yo se lo dije. No pensaba que fuera un secreto. Me preguntó por ti y yo le dije la verdad. ¿Por qué iba a mentirle? ¿Por qué tu hermano no sabía nada, Lucas?

—Dolores, no queríamos hacerle daño. Todo ha sido...

—Alexander me confesó hace unos días que estaba enamorado de mí. Yo no tenía ni idea. Tú sabes que lo mío con Lucas empezó mucho antes de eso. Yo ni siquiera sabía que eran hermanos. Ayer pensamos en cómo contárselo sin hacerle daño, pero creo que eso ya no va a ser posible —dice Ariadna.

—¡Nunca me lo va a perdonar! Le he traicionado —dice Lucas.

—Habla con él. Le explicaremos la situación. Tendrá que entenderlo. No le queda otra. Nosotros no queríamos hacerle daño —añade Ariadna.

—No le conoces, Ariadna. Él no es de los que perdonan tan fácilmente. Entre nosotros, nunca ha habido secretos. Sé muy bien que esto nunca me lo perdonará.

—Tienes que tranquilizarte, Lucas. Deja que las cosas se calmen. En este momento está dolido. Pero tú le conoces tan bien como yo, se le pasará —comenta Dolores.

—Tengo que ir a hablar con él. Te llamo más tarde —Lucas dice eso y se marcha.

Por el camino, marca el teléfono de su hermano, pero este no lo coge.

Alexander que está en su apartamento con una copa en la mano y sentado en el suelo, mira el móvil con desprecio y no coge la llamada. «*Ahora no, Lucas, ahora no*», piensa en voz alta.

Lucas, se dirige directamente allí. Sabe que Alexander está allí porque el coche está aparcado en la plaza de garaje, pero por más que llama, no obtiene contestación. Sube hasta arriba, pero tampoco consigue respuesta.

—Hermano, por favor, ábreme. Tenemos que hablar. Sé que estás ahí. Necesito que me escuches, por favor.

Entiendo que estés enfadado, pero quiero que hablemos. Las cosas no son como tú piensas, de verdad —Lucas se sienta en el rellano—. Por favor...

Alexander que en ese momento solo siente dolor y traición, no quiere escuchar a su hermano. Todo podría haber sido más fácil. Él solo tenía que decirle la verdad, que estaba enamorado de Ariadna. Puede que hasta lo hubiera entendido, pero una traición, no iba a perdonarla tan fácilmente.

Esa noche, ninguno de los dos es capaz de conciliar el sueño. Todavía había demasiadas cosas que resolver. Esto solo acababa de empezar...

A la mañana siguiente, Ariadna llama de nuevo a Lucas, pero este no coge el teléfono. Desde que se marchó ayer de su casa, no había sabido nada más de él. Estaba preocupada porque no sabía sin al fin, los dos hermanos habían podido hablar.

Se enteraría cuando llegara a la oficina. Era lunes. Todo tenía que seguir su curso.

Cuando llegó a la oficina, se encontró con una escena que nunca hubiera querido.

Lucas y Alexander estaban en el despacho, discutiendo. Los gritos se oían desde el ascensor.

Ariadna suelta el bolso en su despacho, y corre donde están ellos. Cuando llega a la puerta, escucha como Alexander grita a su hermano.

—¡Jamás voy a perdonarte! ¿Lo has oído? Nuestra relación se ha roto por una mujer. Por tu falta de honestidad. Tú no eres mi hermano —Ariadna

irrumpe en el despacho.

—¡Basta! —dice con lágrimas en los ojos. —Cuando conocí a tu hermano, yo ni siquiera sabía quién eras. Me enamoré de él sin saber que erais familia. Siento que todo haya sucedido así, pero nosotros no lo planeamos. Yo te aprecio, Alexander, debí ser más clara contigo, y contarte la verdad en ese momento, pero no me atreví.

No culpes a tu hermano, por favor.

—Ariadna, esto no es contigo. Él era mi hermano. Tenía que haberme dicho la verdad de sus sentimientos. ¿Sabes cuántas veces le hablé de que lo que sentía por ti? Tuvo muchas oportunidades para ser sincero, pero no lo hizo.

—Yo quería evitar esto. No quería una pelea entre vosotros. Sois familia. Yo solo soy alguien que ha entrado en ella para destrozarla. No es justo.

—Ariadna, esto no es culpa tuya. Yo tenía que haberle contado la verdad —dice Lucas.

—No Lucas —Ariadna retira las lágrimas con su mano, coge aire, y continúa—. Yo no tendría que haber entrado aquí a trabajar. Tendría que haberme olvidado de ti en el mismo momento que salí de tu casa, pero nunca es tarde para hacerlo. Me duele el alma, pero me marché de vuestras vidas. No puedo permitir que vuestra relación se estropee por mi culpa. Sois hermanos. Siempre os habéis llevado bien. Mi madre siempre dice que la relación que tenéis es envidiable, y cuando alguno de los dos, me ha hablado del otro, he podido comprobarlo por mí misma. Os admiro, porque yo he soñado con esa relación toda mi vida. Mi hermana, es el polo opuesto a mí, y nuestra relación desde siempre, ha sido desastrosa. Me hubiera gustado poder contar con ella, contarle cosas, llorar en su hombro, y que ella lo hiciera, pero eso, nunca ha sido posible. Por eso, os envidio, y no pienso dejar que eso que tenéis se rompa. No podéis estar el uno sin el otro. Esto solo es un pequeño tachón en vuestra vida.

Disfrutad de la relación que tenéis, y nunca os separéis, por favor —Ariadna se acerca a Alexander y le da un beso en la mejilla. Después, se acerca a Lucas, le abraza con fuerza, y pone los labios en su mejilla con

intensidad—. Te quiero mucho, pero hay cosas más importantes que mi amor, y ese es tu hermano.

—Ariadna, no. No puedes irte —dice Lucas.

—Es lo mejor para los tres —añade con lágrimas en los ojos.

—Esto no es culpa tuya, Ariadna. Vamos a hablarlo. No puedes dejar todo así —comenta Alexander.

—Os quiero mucho a los dos, de verdad —esboza una pequeña sonrisa y se marcha del despacho.

Coge su bolso y se marcha de allí con la sensación de que ha hecho lo correcto.

Su amor por Lucas es muy fuerte, pero no puede destruir la relación que ambos hermanos tienen.

Ella está acostumbrada al dolor, y tarde o temprano, se pasará.

Las semanas siguientes, no son fáciles para ninguno.

Ariadna, presentó su dimisión esa misma tarde. Alexander trató de llamarla, pero esta no cogió el teléfono. Tampoco lo hizo con Lucas que no paró de llamarla y mandarla mensajes. Con cada uno que recibía, una lágrima caía por sus ojos, pero seguía firme en su decisión. El dolor que sentía no era tan grande como el de perder a un hermano. Ese se repetía una y mil veces.

Lucas, llamaba a Dolores para saber de Ariadna, incluso le dijo de ir a verla, pero esta se negó. Le dijo que lo mejor era que mantuviera la distancia por un tiempo. No quería volver a ver a su hija sufrir como hace años.

Lucas lo entendió, y decidió dejar de insistir.

Alexander, por su parte, no había parado de pensar en ella ni un solo instante. Tampoco en su hermano. Las palabras de Ariadna habían calado muy hondo en su interior, pero todavía su orgullo, no le dejaba acercarse a él. Siempre había sabido que era una mujer especial, pero el gesto que había tenido con ellos, le había hecho entender la bondad que esa mujer tenía. Aunque no era difícil. Dolores, era una mujer estupenda, y Ariadna, era igual

que ella.

Una mañana, Natalia, decidió entrar a la habitación de Ariadna.

—Hola. ¿Puedo pasar? —preguntó Natalia.

—Claro —se sentó al lado de su hermana, y le dijo:

—Sé que no hemos tenido una buena relación nunca, que somos muy diferentes, pero si necesitas hablar o contarme algo, puedes hacerlo. Sé que a veces soy un poco rebelde, pero también sé escuchar.

—Te lo agradezco, aunque ahora no tengo muchas ganas de tocar ese tema.

—Solo quiero decirte que, a veces, no hay que conformarse con lo que uno tiene. Sé que nunca has entendido mi forma de ver las cosas, pero en ocasiones, hay que arriesgar para llegar a lo que a uno le hace verdaderamente feliz.

—Yo soy feliz. Siempre lo he sido con lo que he tenido.

—Lo sé, pero también sé que ese chico es una parte muy importante en tu vida, y que, no deberías dejar que se escapara por hacer feliz a otros. Deja de pensar en los demás, y piensa en ti. Por una vez en tu vida, prueba a ser egoísta.

—¿Cuándo has madurado que no me he dado cuenta? —dice Ariadna y ambas se ríen.

—Somos muy distintas, pero a veces, también entiendo lo que piensas de mí.

—Podemos tratar de llevarnos mejor.

—¿Volverás a irte?

—Quizás me vaya a Estocolmo unos días de vacaciones para despejarme, pero volveré. No quiero estar lejos de vosotros.

—No me gustaría que te fueras de nuevo. Estos años sin ti aquí no han sido fáciles.

—¿De verdad? Nunca me lo habías dicho.

—Hay muchas cosas que no te he dicho.

—¿Te apetecería irte conmigo a Estocolmo?

—¿Yo?

—Sí. Podríamos organizar un fin de semana para irnos las dos juntas. Estoy segura de que te encantará.

—¡Sería genial poder salir de aquí!

—Entonces, hablaré con mamá —Natalia se levanta de la cama, y abre la puerta, pero antes de que salga, Ariadna, vuelve a hablar—. Natalia..., gracias.

—De nada. Para eso están las hermanas.

Después de las semanas tan horribles que había pasado que, su hermana hubiera tratado de acercarse a ella, y le hubiera dicho esas palabras, para ella, había sido muy importante.

Era algo que ella necesitaba. La mala relación que habían tenido durante todos estos años, a Ariadna le había dolido.

Siempre había soñado con una buena relación con ella, y ahora, parecía que estaba más cerca.

Dos semanas más tarde, las dos hermanas tenían todo preparado para su viaje a Estocolmo. Irían a casa de unos amigos de Ariadna. Solo estarían allí tres días, pero Natalia estaba entusiasmada solo por el hecho de salir del país.

Esos días fuera, no solo habían servido para unir más a las hermanas,

también para que Ariadna despejara un poco su mente, y dejara de pensar un poco en Lucas.

Había pasado más de un mes desde que se marchó de la empresa, pero no era suficiente para que su corazón lo hubiera olvidado. Los recuerdos la perseguían, y en más de una ocasión, había borrado algún mensaje listo para enviar.

Por su parte, la relación de Lucas y Alexander, no había mejorado, y la madre de estos, sufría por ello. Ellos también lo hacían. Nunca habían pasado tanto tiempo enfadados.

Ambos tenían que lidiar con haber perdido a la mujer de la que estaban enamorados, y a un hermano.

Teo, que era la madre de ambos, decidió hablar con Alexander.

—Cariño, las cosas no pueden seguir así. ¿Has visto cómo estás? No sé ni cómo te mantienes en pie. Tienes que hablar con tu hermano. Soluciona las cosas, por favor.

—¿Cuántas veces vas a decirme lo mismo, mamá?

—Todas las que hagan falta. Quiero que volváis a ser los mismos. ¿Crees que tu hermano está mucho mejor que tú? Te creía más valiente. Has dejado que una mujer estupenda desaparezca de vuestras vidas, y también de tu trabajo. Alexander, ambos nos conocemos y sabemos que esa chica te ha calado muy hondo, pero que no de la misma manera que a tu hermano.

—¡Claro! Alexander nunca se enamora, ¿verdad?

—No he dicho eso. Pero piensa fríamente. ¿En qué has pensado todos estos días? ¿En tu hermano o en Ariadna? Alexander, lo que más te ha dolido es que tu hermano no te confesara sus sentimientos por ella. Estoy segura de que si él lo hubiera hecho, tú te hubieras retirado por no hacerle sufrir. Él también lo hizo, cariño. Y casi pierde a Ariadna por eso.

—¿De qué hablas?

—Cuando tu hermano se enteró de que tu estabas enamorado de Ariadna, él decidió alejarse de ella. Entre ellos hubo un mal entendido, y ambos se distanciaron, pero cariño, el amor que ellos dos sienten, es demasiado fuerte.

Yo solo he visto a esa muchacha un par de veces, y no puedo opinar demasiado, pero sé todo lo que tu hermano y Dolores me han contado de ella.

Sería injusto que ellos no pudieran estar juntos sabiendo que ambos están enamorados. ¿No crees?

—¿Por qué me dices todo eso, mamá? ¿A dónde quieres llegar?

—Sé que eres muy inteligente, y entiendes lo que quiero decir. Tengo que irme ya, pero piensa en todo lo que te he dicho. Te quiero, hijo —Su madre consigue lo que quiere. Alexander piensa en todo lo que le ha dicho, y lo peor de todo, sabe que lleva razón en cada cosa.

Él no sabía que Lucas había tratado de separarse de Ariadna, cuando se enteró de sus sentimientos. En ese momento, se sentía culpable. Se había dejado llevar por la rabia, y no le había dejado a su hermano contarle las cosas.

Cogió su teléfono, y marcó el número de su hermano. Este contestó casi al instante.

Ambos mantuvieron una charla corta, y quedaron en verse en un hora en un restaurante que ambos frecuentaban.

¿Estarían a un paso de la reconciliación?

Lucas, se sentía nervioso por la llamada de su hermano. Había pasado tiempo, y aunque habían cruzado alguna que otra palabra, su relación había cambiado por completo. «¿Estará dispuesto a perdonarme?», pensó.

El esperado encuentro llega, y los dos hermanos se encuentran frente a frente.

—Me ha sorprendido tu llamada —comenta Lucas.

—Lo sé. Voy a ser muy franco contigo. Este encuentro se ha producido gracias a mamá. Ella ha sido la que me ha abierto los ojos, y por eso, he decidido llamarte.

—Me alegro. Sé que cometí un error, pero créeme, no estoy contento por eso.

—Mira Lucas, yo me dejé llevar por la rabia de ese momento. Tú mejor que nadie sabe lo rencoroso que soy, pero he entendido que no puedo darte a elegir entre una mujer y tu hermano. Es muy egoísta por mi parte.

Para mi Ariadna es muy importante, pero creo que mamá tiene razón en algo. Cuando dos personas se quieren hay que dejarlas que lo hagan. La vida ya es demasiado complicada, para hacerla más difícil.

Quiero que seas feliz. Eres mi único hermano, y no puedo verte así. Siento haberte tratado de esa manera, y que, por mi culpa, te hayas separado de Ariadna. Voy a remediarlo, te lo prometo.

También quiero que ella vuelva a trabajar conmigo. No puedo dejar escapar a una chica como ella.

Siento haber sido un hermano tan capullo. ¿Podrás perdonarme? —Lucas se acerca a su hermano y le abraza con fuerza.

—No tengo nada que perdonarte. Yo hice las cosas mal. Tendría que habértelo contado y no lo hice. Todo hubiera sido más sencillo si me hubiera sincerado contigo.

—No pensemos más en eso. Ahora tenemos que ver cómo conseguimos que Ariadna nos escuche.

—Eso va a ser mucho más complicado. Es una mujer muy tozuda.

—No te preocupes. Algo se me ocurrirá.

Por fin, las cosas entre los dos hermanos se habían arreglado, pero todavía quedaba solucionar la parte más importante de la historia. Y eso, no iba a resultar tan fácil.

## Tú, siempre tú

El viaje de las hermanas, había llegado a su fin, y ambas se encontraban en casa ya. Esos días, habían hecho que la relación entre ellas, hubiera mejorado notablemente. Ahora ambas se contaban sus secretos e inquietudes, y Natalia, por fin, había entendido que la envidia que sentía hacia su hermana, no tenía ningún sentido.

Ariadna y Natalia estaban solas en casa. Las dos hermanas habían decidido mandar a sus padres un par de días a un hotel a la sierra. Se lo merecían por los años de sacrificio que les habían dedicado.

Ariadna se estaba encargando de la comida, mientras que Natalia lo hacía de la limpieza.

Esa mañana, la puerta de su casa sonaba, y Natalia iba a abrir. Al ver que esta no contestaba y se quedaba petrificada en la puerta, decidió ir.

—¿Quién es, Nat? —decía mientras que iba por el pasillo. Esta seguía sin contestar. Cuando Ariadna llega a la puerta se encuentra con Lucas y Alexander parados en la puerta. El primero no para de sonreír, y le escucha decir...

—Mi princesa en zapatillas —ella ante esa frase, se mira los pies y descubre que lleva sus zapatillas de unicornio. «¡Mierda! ¿No podía llevar otras?», piensa. Cerró con fuerza la puerta y sacó un poco la cabeza para hablar con ellos —ante ese gesto los dos hermanos no pudieron evitar la risa.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta ella.

—Hemos venido a hablar contigo —añade Alexander.

—No hay nada de lo que hablar. Entre nosotros ya quedó todo muy claro.

—Ariadna, no seas tan cabezona. Hemos venido hasta aquí para hablar. Solo te pido que nos escuches —dice Alexander.

—Está bien —Ariadna los deja pasar. Cuando lo hace, Natalia, no puede

quitar los ojos de Alexander. Y lo cierto es que, él tampoco. Ariadna, al verlos, decide presentarles.

—Quiero presentaros a mi hermana Natalia. Natalia, él es Alexander —ambos se dan dos besos, y se sonríen —y él es Lucas —se saludan.

—Encantada. Os dejo solos para que habléis tranquilamente —Natalia se marcha a la habitación, y ellos se sientan en el salón.

—Bien. Escucho —dice ella con la voz muy seria. Lucas y Alexander no paran de mirar sus pies. Se miran entre ellos, y la carcajada se produce—. ¿Qué os hace tanta gracia? ¿Mis zapatillas? ¿Nunca habéis visto a una chica con zapatillas de unicornios?

—Lo cierto es que no, pero te quedan perfectas —dice Alexander con una sonrisa.

—¿Te estas riendo de mí? —pregunta Ariadna, mientras que le tira una de sus zapatillas. Los tres no pueden evitar reírse.

—¿Habéis venido a hablar de mis zapatillas?

—No, aunque me parece un tema fascinante.

—¡Alexander! —gruñe ella.

—Está bien. Hemos venido a hablar contigo. Lo primero que quiero es pedirte perdón. No me he comportado muy bien contigo. Me dejé llevar por la rabia del momento y por los celos. Sabes los sentimientos que tenía por ti, y me sentí traicionado por los dos.

Admito que no fue la mejor manera, y no voy a tratar de justificarme.

Solo quiero que entiendas que Lucas, no tiene la culpa.

Me ha costado mucho, pero he entendido lo que sentís el uno por el otro, y no me gustaría que lo perdierais solo por mi egoísmo.

Es cierto que siento cosas por ti, pero sé que tú eres la felicidad de mi hermano, y mi hermano la tuya. No voy a interponerme entre vosotros.

—Alexander, las cosas no son tan fáciles.

—Yo creo que sí. Os queréis. Eso es lo más importante. Tenéis suerte de haberos encontrado. Espero que algún día también me pase a mí.

—Estoy segura de que sí. Eres un buen hombre. Además, eres muy atractivo. ¿De verdad piensas que no vas a encontrar a nadie?

—Solo espero que sea la mitad de maravillosa que tú —Ariadna se ruboriza—. Tengo otra cosa que pedirte. Quiero que vuelvas al trabajo. Que seas la novia de mi hermano, no quiere decir que no puedes trabajar conmigo. No puedo perderte. ¿Volverás?

—¿La novia de...? —Lucas le guiña un ojo.

—Sí. Supongo que tenéis muchas cosas de las que hablar, pero yo estoy seguro de que serás mi futura cuñada. Dime, ¿volverás a la empresa?

—Sí. Sabes que me gusta trabajar contigo. Hacemos un gran equipo.

—¡Genial! Tenía miedo de que me dijeras que no.

—Yo también he sufrido con esta situación. No quiero meterme en una relación entre dos hermanos. No puedo permitir que estéis enfadados por mi culpa.

—Puedes estar tranquila por eso. Nosotros ya hemos solucionado todo.

—Me alegro mucho —dice ella.

—¿Por qué no quedamos para cenar todos? —dice Alexander.

—¿Todos? —Ariadna levanta una ceja.

—¡Claro! Reunión de hermanos —sonríe pícaramente.

—Ya..., se lo diré a Natalia. Por mí, sin problemas.

—Perfecto. Concreta con mi hermano la hora más tarde. Nos vemos esta noche, chica de los unicornios —se acerca a ella y le da un tierno beso en la mejilla.

—Te regalaré unas para navidad, cuñado —Alexander se acerca a la puerta, y Lucas se queda mirando a Ariadna—. ¿También vas a reírte de mis zapatillas? —le saca la lengua.

—No. Me parecen perfectas. Es más, son muy tú.

—Creo que ahora sí que me he ganado lo de princesa en zapatillas.

—No eres una princesa Ariadna. Eres mi princesa —ella sonrío y él se acerca lentamente a sus labios con inquietud. Tiene ganas de besarla, pero no quiere precipitar las cosas.

—¿No piensas besarme? —dice ella—. Los príncipes siempre besan a sus princesas —Lucas sonrío ante ese comentario y por fin se acerca a sus labios. Por fin sus bocas calman el deseo que tantos días han estado callando. Lucas pone la mano detrás de su oreja y la atrae hacia él. Juguetean con sus lenguas. Ambos, vuelven a sentir ese deseo que es capaz de apoderarse de ellos sea cual sea el escenario. Esta vez, sin ninguna gana vuelve a separarse. Sus labios se sienten hinchados por la intensidad de su beso.

—Podéis dejar algo para más tarde —dice Natalia sonriente. Lucas la estrecha entre sus brazos.

—Me pasaría toda la vida en tus brazos —dice Ariadna.

—No voy a dejar que te escapes de ellos nunca más. Te lo prometo —le da un beso en la nariz.

Los hermanos se marchan, y Ariadna vuelve a sentir la felicidad.

Durante años, había vivido con la idea de que no volvería a conocer a nadie que le hiciera sentir de nuevo. Ella que había apartado la palabra amor de su vida, ahora, estaba completamente enamorada de Lucas. Ya no tenía

miedo a sentir, a vivir de nuevo el amor al cien por cien porque Lucas, le había demostrado que valía la pena hacerlo si él estaba a su lado.

El amor había llegado a su vida, y lo único que deseaba es que durara para siempre.

Por primera vez en su vida, creía en los cuentos de príncipes y princesas. Eso sí, mucho más peculiares.

## Viviendo

La relación de Lucas y Ariadna, se había convertido en la más especial de todas. Él pasaba mucho tiempo en casa de esta. Había hecho muy buenas migas con su padre, y hasta la madre de Lucas, había ido a cenar en alguna ocasión con ellos.

Él se sentía feliz por haberla encontrado. Estaba fascinado con la mujer que tenía a su lado, y no pensaba dejar que se marchara nunca.

Con ella había descubierto eso de lo que tantas veces su padre le había hablado: el amor verdadero.

Durante muchos años, esa historia que su padre le había contado en repetidas ocasiones, no le parecía real, pero desde que conoció a Ariadna, comprendió la importancia de las palabras de este.

Se veía reflejado en la historia de él y su madre, y sonreía al pensar que, si su padre estaba viéndolos desde algún lugar, seguro que se sentiría orgulloso de él, y del amor tan bonito que estaban sintiendo.

Había logrado sonreír al recordarle. Algo que hasta ahora no había sucedido.

Su ausencia marcó siempre su vida, y aunque siempre había sido un chico muy risueño, su sonrisa no había sido la misma desde que este se marchó.

Ariadna, le había devuelto las ganas de vivir, y de sonreír.

Ella era una mujer excepcional, al igual que peculiar. Una mujer fuerte, capaz de enfrentarse a cualquier adversidad.

Ella era diferente a cualquier mujer con la que había estado. Había conseguido que superara su fobia a esa maldita cicatriz. Incluso había pensado en hacerse algún tatuaje. Ya no se escondía de él cuando hacían el amor, y tampoco se tapaba con vergüenza. Ella había superado sus miedos, sus fobias, y él se sentía orgulloso.

Ella decía que no era una princesa de cuento. Ellas van en vestido y zapatos, y siempre se preocupan por vestir bien, y ella era todo lo contrario. Según ella, se paseaba con un pantalones cortos, enseñando sus estrías y su celulitis. Una camiseta del pato Donald que le marcaba el pecho, y en los pies unas zapatillas de unicornios. Ella no era una princesa al uso, pero ¿y qué? Lo importante era que ella estaba orgullosa de ser así. No tenía complejos, y

no luchaba por ser alguien que no quería ser.

Eso la hacía más perfecta, y para Lucas, ella era preciosa por dentro, y por fuera. No necesitaba una princesa con vestido y zapatos, cuando tenía a su princesa en zapatillas.

## Epílogo

—¡Natalia! ¿Puedes darte prisa? ¡Vamos a llegar tarde!

—¡Un minuto, un minuto!

—Eso me has dicho hace más de media hora. Por favor, ¡quieres salir de una vez! —Cuando Natalia sale de la habitación, Ariadna se queda embobada mirando a su hermana. Sí, llevaba más de una hora esperando por ella, pero estaba preciosa.

—¿No piensas decir nada? —dice Natalia.

—¡Estás espectacular!

—¿Crees que es adecuado el vestido para el sitio dónde vamos?

—Por supuesto que sí. Creo que alguien va a perder la cabeza por ti.

—¿De qué hablas?

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo os miráis tú y Alexander?

—Nos llevamos bien. Ya sabes que tengo mucho que agradecerle. Gracias a él tengo mucho trabajo.

—Lo sé, pero lo vuestro no es solo trabajo. Algún día te darás cuenta.

—¿Podemos irnos ya? Estoy de los nervios.

Natalia y Ariadna iban a una presentación de la empresa. Alexander la iba a presentar como modelo de una de sus marcas, y allí conocería a muchos empresarios internacionales.

Desde que Alexander la vio, supo que esa chica, tenía que trabajar como modelo.

Tenía una belleza muy especial, y potencial para dedicarse a ello.

Natalia nunca había pensado en dedicarse a la moda, pero cuando Alexander le pidió que hiciera una campaña para él, le atrajo la idea. De eso ya han pasado más de ocho meses, y ahora trabajan los dos juntos.

Han creado una bonita amistad entre ellos. Salen juntos, comen..., incluso han estado de viaje en alguna ocasión.

Natalia trata de ocultar sus sentimientos por él, porque no quiere que suponga un problema para el trabajo, o que él piense que solo le quiere por interés. Pero lo cierto es que, cuando le ve con otras mujeres, se muere de celos.

No ha querido comentar el tema con su hermana, porque sabe que ella se lo dirá a Lucas.

Cada día le resulta más complicado sucumbir a los encantos de ese hombre tan maravilloso.

Esa noche, Alexander está especialmente nervioso. Varios de sus amigos, y colegas empresarios, le han preguntado por Natalia, y no solo profesionalmente. También se han preocupado por saber si tiene pareja. Algo que a Alexander le ha puesto de muy mala leche.

Hace meses que se muere por esa mujer, pero no quiere estropear la amistad que los dos han construido.

Su hermano Lucas le ha dicho en varias ocasiones que sea valiente, y le confiese sus sentimientos, pero él no ha sido capaz. Si ella sintiera lo mismo por él, ya lo hubiera notado. Han estado de viaje juntos en varias ocasiones, y no ha ocurrido nada. Y no será por falta de ganas por su parte, porque cada vez que la ve, el deseo de besarla se apodera de él. ¡Qué se lo pregunten a su entrepierna! Anda todo el día alborotada pensando en esa mujer.

Cuando Natalia llega a esa fiesta, busca a Alexander con la mirada, y lo ve mirando el móvil en un rincón del jardín. Se acerca a él.

—Hola. Te estaba buscando —dice ella. Cuando la ve, se queda impresionado.

—Estás..., estás... ¡preciosa!

—Gracias —ella se sonroja.

—Hoy será tu gran noche. Mucha gente se acercará a ti, pero no te preocupes. No te dejaré sola en ningún momento.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí. Nunca pensé que pudiera llegar tan lejos.

—Yo siempre lo supe. Brillas con luz propia. Eres especial. Y eso, todo el mundo lo ve. Llegarás muy alto, Natalia.

—Si lo hago, será gracias a tu ayuda y tus consejos —un hombre de pelo negro, alto, y atractivo se acerca a Natalia.

—Tú debes de ser Natalia, ¿verdad?

—Sí.

—Encantado. Soy Fabio. Estaba deseando conocerte. Alexander me ha hablado mucho de ti —la cara de este es todo un poema. Está ligando delante de él. «¿Se puede tener más cara?», piensa él.

—Igualmente.

—Eres mucho más bella en persona.

—Gracias —ella se sonroja. Alexander al ver la situación, decide retirarse. Los celos se están apoderando de él, y no quiere que se den cuenta.

—Os dejo solos. Tengo algunas cosas pendientes —dice él. Natalia se queda desconcertada, y le sigue con la mirada. Ve que cruza el jardín.

—¿Me disculpas? Tengo que hacer algo —dice ella. Sigue a Alexander, aunque con los tacones que lleva, resulta una tarea difícil. Al ver que él no para, comienza a gritarle.

—¡Alexander, Alexander! —Él se da la vuelta, y coge aire—. ¿Se puede saber a dónde vas tan deprisa? ¿Por qué te has ido de esa manera?

—Alexander se toca el pelo, y da vueltas—. ¿Puedes contestar a mi pregunta?

—He preferido dejaros solos.

—¿Y por qué? No le conozco de nada.

—Creo que está interesado en ti. No quería interrumpir.

—¿Por qué no me preguntas si yo estoy interesada en él?

—Porque no me interesa la respuesta.

—¡Claro! ¡Por qué te iba a interesar si me gusta alguien! ¡Yo soy invisible para ti!

—¿Se puede saber que tontería estás diciendo?

—Olvídalo. Volvamos a la fiesta —Natalia se da la vuelta, pero Alexander la coge del brazo, y la lleva hacia él.

—¿Por qué has dicho eso? ¿De dónde has sacado que eres invisible para mí?

—Es la verdad, pero no te culpo. Tienes mujeres preciosas a tu lado.

—¡No puedo creer lo que estás diciendo! ¿invisible, dices? ¿Todavía no te has dado cuenta de que no he podido quitar mis ojos de ti, desde que te conocí? Me vuelvo loco cada vez que alguien se acerca a ti. Me matan los celos. Estoy enamorado de ti, Natalia, pero no he podido decírtelo. No quiero estropear lo que tenemos. Tú... —ella se acerca a él, y muerde su labio superior. Agarra su cuello, y le besa. En ese momento, las rodillas le tiemblan, pero está haciendo justo lo que quiere hacer.

Se separaran, y ambos se miran—. Lo siento, Alexander. Yo..., yo...

—¿Sentir? Yo no lo siento. Ojalá y lo hubieras hecho mucho antes. He estado pensando que no te gustaba.

—¿De verdad? ¡Alexander! Me moría cada vez que te acercabas o me tocabas. No imaginas lo difícil que ha sido para mí no decirte nada. Me podían las ganas de besarte y decirte lo mucho que te quería, pero nunca he tenido tanto valor.

—¡No puedo creerlo! ¿Cómo hemos podido ser tan idiotas?

—Tenía miedo de que me rechazaras. No sabía si en el fondo, tú seguías enamorado de mi hermana.

—¿Rechazarte? ¡Estaría loco! Lo mío con tu hermana se terminó en el mismo momento en el que entendí lo mucho que mi hermano y ella se querían.

Desde que estuve en tu casa, y te vi por primera vez, sabía que no te olvidaría tan fácilmente.

—Entonces...

—Me declaro locamente enamorado de ti. Y si tú quieres, no me separaré de tu lado nunca más.

—¿Así de fácil?

—El amor es así. Somos nosotros los que nos empeñamos en complicarlo todo —Ambos se funden en un beso en el que demuestra lo mucho que han callado durante todo este tiempo.

## Ariadna

Hoy que me ha dado por hacer una reflexión sobre todo lo vivido, puedo decir que me siento orgullosa de mí misma.

Durante años, he aguantado las críticas de personas que no eran importantes para mí, y más tarde, de las que sí lo eran. Traté de vivir la vida con una sonrisa, y aunque no fue fácil, en ocasiones lo conseguí.

Al final, todos somos vulnerables ante ciertas cosas, y yo en mi adolescencia, fui demasiado idiota. Me dejé llevar por opiniones y comentarios que no valían nada. Pero en ese momento, no fui capaz de verlo.

Creí que el amor no era para mí, y me encerré en mí misma, pensando que, nunca volvería a mi vida, ya que mi corazón estaba cerrado bajo llave, candados, y mil cosas más. Pero apareció él. El chico más guapo, tierno y sensible del mundo: Lucas.

Todavía recuerdo el día que le vi por primera vez. Aquel en el que mi corazón volvió a latir de nuevo con intensidad, y yo me hice muchas preguntas por ello. Traté de frenarlo, pero cuando el amor llega a tu vida, ni uno mismo es capaz de controlarlo.

Han pasado dos años desde entonces, pero nada ha cambiado. Sigo tan enamorada como el primer día, y Lucas, sigue siendo el hombre más maravilloso del mundo.

Hace un par de meses que nos fuimos a vivir juntos, y todo va genial. La vida me sonrío, y yo a ella.

Sigo trabajando con Alexander, aunque..., mi cuñadito ya ha hecho de las suyas y ha conseguido que haga una campaña de ropa interior. Cuando me lo propuso, pensé «¿Qué está diciendo?». Pero rápidamente me di cuenta de que no tenía nada que perder, pero si mucho que enseñar a otras personas.

No tenía las medidas de una modelo, pero ¿y qué? Cada mujer es perfecta a su manera. Y yo había aprendido a verme así.

La campaña fue todo un éxito, y la gente me reconocía por la calle.

Lucas me decía siempre que en esa campaña faltaban mis zapatillas de unicornio para ser totalmente yo. Lo cierto es que, llevaba toda la razón.

ÉL seguía siendo mi príncipe. Pero no el que rescata a las princesas de los castillos, sino el que te acompaña, quien permanece a tu lado en los problemas, y no suelta tu mano. El que te quiere tal y como eres, y no intenta cambiar ni un solo ápice de ti. Ese es el verdadero príncipe.

Somos una pareja diferente, nos queremos, y hasta me gusta ser su princesa en zapatillas.

## Autora

Llegados hasta aquí, solo puedo darte las gracias por leerme. Espero que te haya gustado la lectura, y si es así, que me dejes tu comentario en Amazon. Para mí es muy importante.

Si todavía no me conoces, puedes hacerlo a través de mis redes sociales. Me encontrarás como Chris Razo. Te espero por allí.

Mil gracias.

# Agradecimientos

Siempre hay que agradecer a alguien.

Hay mucha gente en mi vida, a la que aprecio y quiero de una manera especial.

Hace años, cuando decidí meterme en esta aventura, pensaba que todo se quedaría en un sueño, y que no se haría realidad, pero sí.

No ha sido un camino fácil, y he tropezado con muchas piedras. Gente que ha estado, pero no está, y otra que me apoya desde mis comienzos.

Aunque siempre he caminado sola, el mundo editorial me ha dejado conocer a gente extraordinaria. Por desgracia, hay mucha gente a la que quiero abrazar, y todavía no he podido hacerlo. Una de ellas es Andrea Muñoz. Una compi que siempre ha estado ahí para arrimar el hombro, y con la que he creado una bonita amistad, aunque sea a través de una pantalla. Gracias por confiar en mí y seguirme tan de cerca. Un abrazo de oso se queda corto para ti.

Suelo tener un sexto sentido para las personas. No suelo equivocarme cuando doy mi opinión de primeras. Hay gente que me transmite solo con ver una foto, o su forma de escribir, y eso, las hace especiales. Y eso me pasó con Mar P Zabala. Yo que soy puro nervio, me transmite toda la tranquilidad que a veces echo de menos en mí.

Son de esas personas que te apetece achuchar muy fuerte, y espero poder hacerlo muy pronto.

Tengo muchas ganas de repartir abrazos, y tener conversaciones, y espero que pronto suceda.

Lo cierto es que, tengo unas compañeras maravillosas. Tanto dentro, como fuera de la editorial. Solo puedo decir gracias por estar y acompañarme en este camino.

A mis chicas de Facebook que siempre están al pie del cañón y a las que sigo teniendo muchas ganas de abrazar.

Empezar el día con vosotras siempre es estupendo.

Solo puedo agradecer el cariño con el que me tratáis cada día. Gracias de corazón.

